

Ahora mismo lo único colectivo que conocemos es el despido

En los últimos meses se han ido conociendo datos y situaciones que llevábamos experimentando bastante tiempo, y que empiezan a airearse a través de los medios de comunicación de masas, sin contextualizarse adecuadamente, y sin profundizar demasiado en las verdaderas causas, seguramente para desorientar aún más y para salvaguardar ciertos intereses. Últimamente de lo que más se habla es de la crisis financiera de EE.UU. y su impacto en todo el escenario internacional, en forma de aviso para navegantes. Mientras, siguen creciendo y extendiéndose entre el proletariado los diferentes grados de explotación y supervivencia que estamos alcanzando en esta fase del Capitalismo. El aumento disparatado de los precios en relación con los sueldos continúa su carrera, sin tope alguno. Para tener un salario con el que “malvivir” tenemos que aceptar el aumento creciente de la explotación, la subcontratación, y todas las formas de sumisión que el sistema nos depara. De repente tomamos conciencia de problemas que ya existían, pero que no salían a la luz. Las condicio-

nes laborales continúan empeorando, sobre todo en ciertas capas de la población. Se empieza a hablar de 1 millón de jóvenes (menores de 30 años) sin trabajo, y un 50% de ellos, trabajando de manera temporal. Según datos del INEM en noviembre ya hay casi 3 millones de parados, a los que habría que sumar los desempleados que no existen en los datos oficiales. Además, hay que tener en cuenta que en épocas de crisis se da un repunte de la economía sumergida, aquella en la que se dan por lo general unas peores condiciones laborales. Por otro lado, los datos del INEM suelen tirar a la baja, dadas las restricciones que emplea para su definición de parado.¹ Según la EPA, la tasa de paro actual (datos de octubre de 2008) se sitúa en el 11,33 %. Como se puede ver también en los datos oficiales, la reducción del empleo no se está dando tan sólo en la construcción, sino también, y sobre todo, en el sector servicios, el sector más grande de “nuestra” economía. Esto da una muestra bastante evidente de que la crisis no es tan sólo el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, sino

1. Según la Encuesta de Población Activa (EPA), un parado es aquel trabajador que forma parte de la población activa y que busca trabajo activamente, mientras que según el INEM, el parado es aquel que tiene una solicitud de empleo abierta a final de mes, con unas cuantas restricciones. Con estas restricciones podemos hacernos a la idea de que los datos del INEM no son muy fiables. Por algo no se utilizan para comparaciones internacionales, y sí se emplean sin embargo los de la EPA. Para hacernos una idea, en diciembre de 2001, según el INEM había 1,1 millones de parados, y según la EPA era justamente el doble.

que se está cebando con la economía real. No es que se hayan hecho las cosas mal; es que el capitalismo es así. Desgraciadamente para nosotros, a día de hoy el paro no es el derecho a disfrutar de más tiempo libre sin ser explotados, sino la condena a malvivir sin garantías de realizar muchos de los proyectos vitales que nos parecen irrenunciables.

Queremos realizar una serie de reflexiones sobre la coyuntura actual desde el lado que nos toca: el de pagadores de los platos que otros rompen. A lo que estamos asistiendo es ni más ni menos que al fin de un ciclo expansivo del capitalismo basado en las finanzas y la especulación. Pero esto no acabará con la imposición de la dictadura del Capital sobre millones de personas que no contentas con ser dóciles, también imitan ese modelo en su vida cotidiana.

A nivel individual, se está demostrando hacia dónde nos conduce una sociedad basada en el lucro y el individualismo más depredador: en cuanto alguien tiene cuatro “perras” mal juntas se dedica a especular con ellas con el objetivo de no tener que dar un palo al agua, a costa de que se jodan otros, claro. Ése es el resultado de unos valores y unos intereses carroñeros, que hay que derribar si de verdad hablamos de cooperación y solidaridad. Tras el festín que durante años y años se han dado empresas e individuos de distintos sectores económicos y de la Administración del Estado a nuestra costa, ahora quieren que encima les paguemos la cuenta quienes no hemos visto sino las migajas del banquete. Por

otro lado, también se habla del pinchazo de la burbuja inmobiliaria, pero ésta ya no es el motivo de alegría de las manis por la vivienda digna, como se puede ver, puesto que las medidas adoptadas por los dirigentes políticos van encaminadas a que nada cambie de manera sustancial, como proveer liquidez a los bancos y favorecer las megafusiones para dar más “seguridad” al mercado y a la Banca, pero hay que cuestionar quién pone los cimientos y de qué están hechos.

El nivel de vida sigue empeorando día tras día, más que a algunos les pese que sea precisamente ahora cuando se van dando cuenta de lo insignificante del signo del partido político que esté en el gobierno. El lado progre de éste es precisamente una de las ilusiones que más daño puede hacer al proletariado. Si algo bueno tiene la crisis es que abre la puerta a que la gente reconozca que el culpable es el propio sistema capitalista y es congénita a él. Los grandes castillos de arena se han venido abajo, demostrando que no es oro todo lo que reluce, y que lo poco de oro que hay se lo reparten entre cuatro. La manera de afrontar la situación es la única elección que tenemos a día de hoy. Éste es un buen momento para ofrecer respuestas; las necesidades de la población estaban siendo más o menos cubiertas por el Capitalismo, pero se empieza a percibir que estos periodos de prosperidad siempre llegan a su fin, y por eso es una buena oportunidad para atreverse a plantear un modelo radicalmente distinto, aunque también es un momento de gran competencia entre los explotados y de miedo ante las incertidumbres que

están en la mente de cualquiera. Quizá sea difícil realizar planteamientos revolucionarios sin una conciencia generalizada de clase, y sobre todo de intereses colectivos, pero al menos se hace evidente que el Capitalismo no es el paraíso que parecía.

Es necesario recordar que los Pactos de La Moncloa fueron la vía necesaria del Gobierno y la Patronal para la salida de la crisis en los años 80. Con este acuerdo se abrió para los trabajadores un proceso basado en la pérdida progresiva de los derechos laborales, económicos y sociales, en beneficio de los empresarios, que empezaron con las reconversiones de la industria, la acumulación de capitales y la concentración de empresas. Los empresarios aprovechan cualquier oportunidad que tienen para ejecutar ERE's (despidos masivos) y no somos capaces de dar una respuesta contundente, pero no es porque no sepamos de dónde vienen las hostias, sino que no nos atrevemos a darlas, y en una pelea, si sólo golpea uno, eso se convierte en una paliza. Uno de los sectores que ha sido buen indicador del sistema durante todos estos años ha sido el de las fábricas de automóviles, que han ido eliminando puestos de trabajo, justificados por los sindicatos como necesario para el mantenimiento productivo, la estabilidad (¿para quién?) y el futuro. Ahí están los resultados: seguimos en crisis económica y social y se ha demostrado que la productividad no depende de las cesiones de los trabajadores, sino de las propias leyes del mercado. Este año en el estado español se han destruido 15.000 puestos de trabajo en ese sector. La pér-

didada de competitividad en el mercado la estamos sufriendo los trabajadores: bajada de los costes del despido y proliferación de contratos a tiempo parcial, que sólo crean empleo precario. Por su parte, los capitalistas sí obtienen los mayores beneficios de su historia, acumulando y concentrando en pocas manos capitales para sus proyectos de reconversión y fusiones empresariales, además de para vivir con todo lujo. Quienes nos han llevado a esta situación con sus mentiras, sus acuerdos y sus planes de negociación practican a día de hoy, casi obligados por lo obscuro de la situación, manifestaciones confeti y mini concentraciones contra la directiva europea de las 65 horas semanales, en un baile de disfraces que por suerte o por desgracia ni siquiera convoca masivamente.

Desde 2004, se apuntaban algunos dardos dirigidos hacia la población, cuando Gobierno y Sindicatos profundizaban en las reformas del mercado laboral. Los “desencuentros” de los pasados años, por llamarlos de alguna forma, que desembocaron en una huelga general en 2003, han ido derivando desde la llegada del gobierno socialista al poder en un auténtico cementerio de los derechos laborales, entre otras cosas, a raíz de las promesas electorales, dando rienda suelta al capitalista para aumentar la temporalidad y la precariedad. Los empresarios no se han movido más que para pedir más flexibilidad laboral, cosa que supera con creces la inmovilidad de los sindicatos. Según sus propias palabras, para mejorar la competitividad de la economía española. Las propuestas de la patronal, en

negativo para los trabajadores, son tan claras como la reducción generalizada de las cotizaciones, la simplificación de contratos y el cambio de la negociación colectiva. En 2008, desde las filas del gobierno, algunos ya empiezan a asumir las propuestas de la patronal como propias, como el abaratamiento del despido, cada vez más solicitado por el presidente de la patronal, Díaz Ferrán, y que parece que Solbes comparte (“tenemos un viejo contrato con despidos muy altos”), para reducir la temporalidad y tener un mercado más eficiente. Cuesta abajo y sin freno.

Pero no sólo la patronal tira de la cuerda; también los banqueros reabren el fantasma de la relación entre los salarios y la inflación, como si fuese el problema principal, y no se habla de la relación entre el precio del dinero, las subidas de precios y el poder adquisitivo de los asalariados. Por su parte, el poder político inyecta liquidez a los bancos para que puedan seguir concediendo préstamos para hipotecas, puesto que para ellos lo importante es que siga repitiéndose el modelo de los últimos años que ha sido el culpable de esta crisis, es decir, más parches para que nada cambie, a cuenta de los explotados, por supuesto. La especulación inmobiliaria ha sido el destino del Capital que no encontraba rentabilidad en la inversión productiva, y durante años un pequeño sector se ha enriquecido a costa de la mayoría de la población. Y encima quieren que lo rescatemos y arrimemos el hombro. Veremos si detrás de las promesas políticas comenzamos a diferenciar los intereses de una y otra

clase, y forjamos lazos entre los explotados que consigan traspasar los cantos de sirena con que los partidos y los sindicatos nos bombardean cotidianamente. Los efectos de la crisis acentúan una situación que ya de por sí motiva una toma de conciencia por nuestra parte, pero parece que esto no ha hecho más que empezar, puesto que es inherente al capitalismo, y volverá a aparecer una y otra vez, con mayor o menor intensidad. Sin dotarnos de herramientas estamos vendidos. Pacto tras pacto, se fomenta la contratación eventual, el abaratamiento del despido, el alargamiento del tiempo de cotización necesaria para alcanzar la pensión.... Para enfrentarse a esta perspectiva los explotados necesitamos oponernos a la falsa solidaridad de la defensa de los intereses de la economía (del sector o de la región), que en realidad nos ata a los intereses del capital nacional. No es interés colectivo lo que en realidad son las necesidades de los explotadores. Ahora es cuando los sindicatos empiezan a hacerse eco de la precariedad y del paro, para propiciar un acercamiento con sectores del proletariado de los que nunca quisieron saber nada, más que para utilizarlos como moneda de cambio en sus tejemanejes.

Nuestros intereses son opuestos a los de la patronal y sería ridículo cooperar para superar la crisis. No obstante sabemos, por la experiencia histórica, que los sindicatos contribuirán a mantener la “paz social” allí donde el Gobierno lo solicite. En este caso, siguiendo el modelo que la patronal necesita para continuar con el proceso de reproducción del

Capital durante este momento de menor crecimiento económico, como dicen ellos. Para acostumbrarnos a la resignación. Todos sabemos que la patronal no sólo no regala conquistas, sino que trata de arrebatarnoslas.

La única forma realista de afrontar la crisis es hacerlo desde una postura de clase, sin esperar nada de burgueses y políticos, preocupados por salvar, ante todo, sus privilegios y beneficios.

El proletariado no se define por trabajar en tal o cual sector, ni siquiera por estar trabajando. El proletariado se define por su desposesión de los medios de construir su propia vida, los medios de producción.² Esta desposesión, premisa y resultado de la relación capitalista, condiciona nuestra forma de estar en el mundo, obligándonos a mantener determinadas relaciones con lo que nos rodea. Despojados de los medios de producción, el capitalismo nos ofrece, como solución para vivir, la venta de nuestras capacidades creativas, convenientemente mutiladas en forma de fuerza de trabajo. El trabajo asalariado es la condena que día tras día sufren millones de proletarios. Negarse a trabajar implica que para sobrevivir hay que romper la propiedad privada, la base sobre la que se construye el capitalismo, y por tanto enfrentarse a la ley y al sistema judicial construido para protegerla. Para sobrevivir, el proletariado solo puede elegir entre trabajar y

robar, y normalmente hace las dos cosas. Muchos suelen construir falsas identidades sobre la idealización de una de las dos soluciones. Unos mitifican al trabajador honrado y el carácter “dignificante” del trabajo. Otros mitifican el “no-trabajo”, la okupación, el recicle, el robo, etc. Además de falsas, (los unos acaban trabajando, habitualmente en las peores condiciones posibles, y los otros siempre han robado en el curro, en el super o en el emule) estas identidades sólo sirven para dividirnos aún más a los proletarios, enfrentándonos los unos a los otros.

Con la que nos viene encima esto es lo mejor que le puede pasar a los burgueses. Para afrontar la crisis debemos empezar a construir, desde ya, estructuras estables de solidaridad y apoyo mutuo entre los proletarios, trabajadores o no. No sólo por motivos políticos, todo indica que, de aquí a poco, estas estructuras probablemente van a ser lo único que tengamos a lo que aferrarnos. La idea es simple, como proletarios nos enfrentamos a un mundo hostil en todo momento: por un lado para conseguir los medios de subsistencia, tanto en el trabajo como fuera de él, a la hora de conseguir un salario o acceder a un subsidio, o a la hora de afrontar un alquiler, pagar una hipoteca u okupar una casa. A la hora de asumir la subida de los precios en los artículos de primera necesidad o a la de robarlos. Por otro lado, al enfrentarnos a una sociedad

2. No hay espacio para entrar aquí, pero, obviamente cuando hablamos de medios de producción no nos referimos actualmente existentes, sino a todos los posibles. Llegado el momento de la revolución y con los medios de producción que estén en nuestras manos, tendremos cuales queremos conservar, de cuales deshacernos y cuales desarrollar.

cada vez más represiva, donde el control se intensifica día a día a todos los niveles: preventivo y disciplinario. No se pueden disociar ambos aspectos de la sociedad capitalista: explotación y control social. La lucha contra los centros penitenciarios, de adultos y de menores o por nuestros compañeros presos en lucha debe plantearse, en nuestra opinión, desde esta perspectiva.

Así que en vez de preocuparnos por cómo se busca la vida cada uno y hacer de ello una opción moral, deberíamos empezar a tratar de desarrollar entre nosotros relaciones de solidaridad, de apoyo mutuo. Relaciones que sustituyan el individualismo por la cooperación, el aislamiento por la comunicación real entre iguales y la sumisión por la lucha.

No va a ser nada fácil con el giro que está tomando la situación, pero vamos a tener que empezar a resolver nuestros problemas por nosotros mismos, porque nadie más se va a preocupar por nosotros. La autoorganización, la autonomía de clase y la radicalidad van a dejar de ser una opción ideológica más para ser la única opción posible para sobrevivir dignamente.



Algunas reflexiones sobre la lucha por Amadeu Casellas

1. Introducción: crítica, autocrítica, homenaje

La campaña a favor de la liberación de Amadeu Casellas ha sido, probablemente, la que más ha conseguido movilizar en los últimos tiempos a todo ese conjunto de individuos, colectivos y centros sociales que componen el “espectro” libertario de Madrid.

Esto, junto con las características de la propia lucha, ha hecho que esta movilización haya mostrado como ninguna toda una serie de carencias, rutinas, clichés y posicionamientos firmemente anclados en dicho “espectro” que deben ser criticadas, pero también una serie de aciertos y fuerzas que deben ser explotadas y potenciadas.

Ante todo debemos dejar claro que no pretendemos “dar lecciones” a nadie, sino, mediante el análisis y la crítica de nuestras propias experiencias, construir un movimiento más fuerte. En este sentido este artículo es, ante todo, una autocrítica ya que, por diferentes motivos, no pudimos implicarnos tanto como requería la ocasión y, cuando lo hicimos, fue tarde ya que al poco tiempo todo acabó. Igualmente este texto es un homenaje a los compañeros que, nos consta, se implicaron hasta la extenuación en esta lucha y, por supuesto, al propio Amadeu, que ha sido un ejemplo de determinación, firmeza y coraje.

Afortunadamente, Amadeu llegó a un acuerdo con Instituciones Penitenciarias y, presumiblemente, acabará saliendo del talego. Esto seguramente ha hecho que, a pesar de haber sido una enorme fuente de experiencias, las valoraciones públicas o colectivas hayan sido escasas, por decir algo. Incluso, cuando las ha habido, se ha dejado sentir un cierto triunfalismo en nuestra opinión bastante inocente. Sin embargo, la lucha de Amadeu no ha terminado aquí, sólo ha alcanzado un alto en el camino. Sabemos de la fiabilidad de las promesas del Estado y por eso mismo no deberíamos confiarnos. Valorar los errores cometidos y buscarles solución no es, por tanto, un ejercicio de masturbación intelectual sino una necesidad para afrontar más eficazmente las luchas del futuro, sea por Amadeu, por cualquier otro compañero preso o por cualquier otro motivo.

2. Una lucha fuera de lo común

Pocas veces se ha enfrentado en los últimos tiempos el “espectro” libertario a una lucha como ésta. Sin duda este es el aspecto más destacable de la campaña: la crudeza de su motivo. Pocas veces le toca a uno la desagradable sensación de tener en sus manos la vida de un compañero, porque en vista de la determinación que mostraba Amadeu en llevar hasta el final la huelga de hambre, esto era, ni más ni menos lo que estaba en juego: la vida de un compañero.

Comparado con esto, los “grandes clásicos” de la movilización parecen un juego de niños. No porque lo sean, ya que en muchos casos (inmigración, lucha contra la guerra imperialista, FIES, etc.) el motivo en cuestión conlleva la muerte y el sufrimiento de miles o millones de personas. Y sin embargo, la cercanía lo cambia todo. El fracaso de la lucha tendría unas consecuencias cercanas, palpables, en muy corto plazo: la muerte en cuestión de semanas de un compañero. Y éstos son otros dos factores a tener en cuenta: no sólo se luchaba contra el Estado, también se luchaba contra el tiempo, y este no da tregua; y además no habría vuelta de hoja ni segunda oportunidad: o se ganaba o se perdía; o se vivía o se moría.

Creemos que recalcar esto es importante, porque, ante una lucha tan extrema, todas esas carencias y clichés que comentábamos no podían sino mostrarse de forma extrema.

3. Activismo

Enfrentados a una situación tan grave, se respondió, como viene siendo habitual, en gran parte recurriendo al activismo. El activismo, en su sentido peyorativo, es hacer las cosas por hacerlas, repitiendo unos esquemas predeterminados, básicamente porque se llevan haciendo “toda la vida” o, dicho de otro modo, porque es lo único que se sabe hacer. El activismo se puede presentar en un sentido formal, como por ejemplo la repetición de la rutina cartel-panfleto-pegatamanifa-charla (el orden de los factores no suele alterar el producto), sin ver más allá.

Últimamente se le suma alguna que otra acción simbólica que poder colgar en el Youtube, pero poco más. No es que la propaganda, las manis o incluso las acciones simbólicas sean inútiles, no. El problema es que se repiten clichés sin pensar muchas veces en lo que se quiere conseguir con ellos o en a quién-a dónde se quiere llegar. Esto es mucho más claro a nivel de contenidos, donde el activismo se muestra en todo su esplendor. Sin un análisis claro y explícito de qué es lo que se quiere y cómo se pretende conseguir, los contenidos suelen derivar a “lo de toda la vida”: el mismo mensaje, la misma estética, etc., que muchas veces es totalmente inadecuado para lo que se pretende.

Por supuesto, el activismo no puede ser la excusa para la pasividad, quien hace esta crítica no hace más que mostrar sus propias carencias. Al activismo debemos oponer el análisis, la estrategia, la experiencia y la experimentación. No se trata de repetir clichés pero tampoco de innovar por innovar, se trata de buscar los medios que se adecúen a los objetivos y a las propias fuerzas: tan fácil de decir, como difícil de conseguir.

4. Concretando

Planteado como objetivo liberar a Amadeu, la pregunta era aún más obvia “¿cómo vamos a conseguirlo?” Descartada cualquier tipo de liberación forzosa, algo que se intentó varias veces en los setenta pero que a día de hoy es una opción ridícula, el único camino posible era el de la presión a las instituciones. Está claro que a Instituciones

Penitenciarias, a la Generalitat, al Gobierno o al Estado se la suda la vida de los presos en general y la de Amadeu en concreto. Podrían haberle dejado morir como dejaron morir a los presos de GRAPO, o como dejan morir día tras día a los enfermos terminales de SIDA, o, peor aún, podían haberle liberado una vez que su estado de salud fuese irreversible, para que muriese “en libertad”. Quien no tenga esto claro vive en una casa de gominola en la calle de la piruleta. Todo pasaba, en nuestra opinión, por conseguir que la muerte de Amadeu Casellas se convirtiese en un problema para las instituciones, por conseguir que fuese más cómodo dejarle vivir que dejarle morir. Así expresada, la lógica del poder se muestra en toda su aterrorizadora frialdad.

Llegados a este punto empiezan los problemas, o mejor dicho, la contradicción entre deseos y realidades, entre lo que se quiere conseguir y lo que se puede conseguir, entre lo que se busca y lo que se tiene. Esto, que es lo habitual, alcanzó tintes dramáticos cuando lo que está en juego es la vida de un compañero.

A nosotros nos hubiera gustado ver una manifestación de miles de personas exigiendo la libertad de Amadeu Casellas, dispuestas a hacer lo que fuese necesario por sacarle de la cárcel: a dar un paseo por la ciudad, a enfrentarse a la policía, a arrasar los edificios del gobierno que hiciesen falta, o a su sabotaje continuo y repetido, a la ocupación de edificios, los escraches públicos de políticos, etc. Sin embargo somos lo suficientemente rea-

listas para saber que esto no iba a ocurrir, y no porque sea imposible, sino porque no se dan las condiciones para ello, ya que no existe un movimiento lo suficientemente fuerte y decidido para llevarlo a cabo.

Es cuando nos enfrentamos a las situaciones concretas cuando las verdaderas carencias salen a la luz, y cuanto más empuja una lucha, más carencias salen, porque es el día del examen cuando uno se da cuenta de lo que pasa si no se han hecho los deberes.

Teniendo en cuenta que la huelga de hambre había comenzado a finales de junio, cuando el tema comenzó a agrupar a un número considerable de gente y a alcanzar las cotas máximas de movilización, a mediados de agosto, ya se había perdido un tiempo precioso. Unido a la gravedad de la situación, aplicar presión significaba aplicar la máxima presión en el mínimo tiempo posible. Teniendo en cuenta nuestras limitaciones, esto significaba, como mínimo y en primer lugar, dar a conocer el caso lo más ampliamente posible, de forma que, al menos, Instituciones no pudiese mantenerlo en secreto y que Amadeu contase con la baza de la incomodidad que le supone al Estado tener que justificar públicamente por qué deja que alguien se pudra en el talego o muera por un formalismo legal. Esto no es nada nuevo, el propio Amadeu, pidió acciones “públicas” o mediáticas, y todo el mundo comprendió que éste era el primer paso. Las páginas webs “de contrainformación” se saturaron con noticias, comunicados y reivindi-

caciones referentes a Amadeu Casellas, de forma que llegase al mayor número de gente que visitaba estas webs. Por lo que sabemos, probablemente hacía mucho tiempo que no se repartían tantos panfletos en tan poco tiempo.

Sin embargo, es aquí donde entra el activismo. Es evidente que semejante volumen de propaganda estaba destinado hacia fuera del “espectro” libertario, que cuenta con otros canales de comunicación (desgraciadamente en su mayor parte a través de internet). Es decir, el objetivo era que el mayor número de gente conociese el caso de Amadeu. Y sin embargo, para este objetivo, tanto el contenido como la estética y la forma del mensaje son bastante poco adecuados teniendo en cuenta a quién se pretende llegar. Cojamos como ejemplo el cartel titulado “Libertad o Muerte”. Puede que para nosotros el lema “Libertad o Muerte” suponga un ejemplo de determinación que nos conmueva, nos haga pensar y nos movilice. Sin embargo, no creemos que para la mayoría de la población suponga lo mismo. Lo mismo podría decirse de la imagen de la pantera negra o de la frase de Amadeu. Este cartel, perfectamente válido para ponerlo en los centros sociales o para movilizar a la gente más cercana y concienciada, fracasa estrepitosamente, en nuestra opinión, a la hora de plantear la cuestión a alguien parcial o totalmente ajeno a la realidad penitenciaria o al propio “espectro” libertario. El propio contenido del texto está lleno de referencias y códigos dirigidos fundamentalmente a dicho “espectro”, pero ajenos al resto de la población.

No habría sido mala idea montar una web que “centralizase” toda la propaganda y donde la gente interesada por la lucha de Amadeu pudiese encontrar de forma fácil, ordenada y comprensible toda la información del caso, los comunicados de Amadeu, las acciones de solidaridad, etc.

Que no se nos entienda mal. No estamos diciendo que haya que rebajar el discurso, por ejemplo, diciendo chorradas del estilo “Amadeu es inocente”, no. Lo que estamos diciendo es que si queremos que el resto de la población se entere del caso de Amadeu debemos poner los medios para que les llegue esa información de la mejor forma posible, no repitiendo esquemas que si bien funcionan en determinados ambientes, son difícilmente ampliables. Lo mismo puede decirse al contrario, de nada valdría lanzar a nuestra gente el mismo mensaje que al resto de la población. La página web que mencionábamos arriba se quedaría corta para nuestra propia gente, que tiene otros medios para enterarse de lo que ocurre.

Se trata, en todo momento, de saber a quién te diriges y “hablarle” de la forma necesaria. Puro sentido común. A pesar de todo, y aunque más adelante trataremos el tema de los medios de comunicación con más detalle, es un gesto a aplaudir y, sinceramente, nos quitamos el sombrero por el esfuerzo realizado, que se haya tomado como opción principal el camino mucho más difícil y trabajoso, pero también mucho más real, de tratar de llegar a la gente directamente, sin

LIBERTAD O MUERTE



Amadeu Casellas, preso anarquista en el penal de Quatre Camins (Granollers), lleva cumplidos 22 años de condena por luchar contra el Estado (expropiando bancos en los 70 y los 80 para financiar las luchas obreras), siendo 20 años el tiempo máximo en prisión permitido por la ley. Por este motivo, está en huelga de hambre desde el día 23 de Junio. Tras varias huelgas y el posterior incumplimiento de los acuerdos alcanzados mediante ellas por parte de Instituciones Penitenciarias, Amadeu ha decidido que ésta vez será hasta las últimas consecuencias: o le dan el tercer grado, o le rebajan la condena, o no parará. La jueza pertinente en el caso lleva semanas haciendo oídos sordos a las reivindicaciones de Amadeu y está intentando retrasar pronunciarse sobre la posible rebaja de condena y la libertad condicional. La salud de Amadeu comienza a deteriorarse gravemente, pero sigue con buen ánimo y la firme decisión de llegar hasta el final.

"Tengo la moral más alta que nunca y llegaré hasta las últimas consecuencias: Libertad o muerte. No hay otra salida. (...) No podemos permitir que silencien estas situaciones y la única manera es la lucha: cada unx como crea conveniente."

Para más información:
-www.klinamen.org -www.lahaine.org

**Amadeu se está jugando la vida,
tenemos dos opciones: ayudarlo o ignorarlo.**

intermediarios, que recurrir directamente a ruedas de prensa o huequitos que nos dejen periodistas enrollados.

Otro aspecto a tratar es la implicación y sus grados. Supongamos que alguien lee el panfleto o el cartel y se interesa por el caso ¿qué puede hacer?, el cartel lo dice bien claro, podrá "ignorarle" o "ayudarlo", pero en este último caso no le damos ninguna opción de cómo hacerlo. No es que pensemos que la gente sea tonta y que haya que decirle lo que tiene que hacer, al contrario, cuando la gente se interesa por algo suele mostrar una gran creatividad, lo que decimos es que si para muchos de nosotros, que supuestamente nos hemos enfrentado a situaciones "parecidas", la situación casi se nos escapaba de las manos, ¿cómo podemos pretender que alguien sepa qué puede hacer para "ayudar" a Amadeu? Lo más lógico es que empiece por meter Amadeu

Casellas en el Google y, si el interés va más allá, esté dispuesto a escribir un correo para informarse del caso, preguntar qué puede hacer, o quejarse a alguien. Esto no son suposiciones nuestras, es algo que hemos visto en la lucha contra los centros de menores. La página web "central" que comentábamos podría haber contado con un correo electrónico de contacto al que dirigirse. También podría tener ristas de mails de instituciones, políticos, etc. a los que dirigir quejas. No creemos que se las vayan a leer, o que de hacerlo realmente les interese, pero saturarle el mail a un político nunca está de más. Lo mismo podría haber textos que enviar por correos en cadena, etc. Seguro que a cualquiera se le ocurren diez ejemplos mejores. Da igual. Lo importante aquí es que, por un motivo o por otro, no se han sabido explotar todas las posibilidades a nuestro alcance para dar a conocer la lucha de Amadeu. Y esto

no se limita a los medios telemáticos. Que en una lucha de este calibre e importancia no hayan aparecido en Madrid ni pegatinas ni carteles a color, por lo llamativo más que nada, en cantidades industriales, es un síntoma de que algo no se hizo bien, o al menos, no lo suficientemente bien. No creemos que sea por falta de medios, esto sí que sería bastante lamentable, así que deberíamos plantearnos cuál ha sido el motivo. También es sintomático el uso de las pancartas en los puentes, teniendo en cuenta la velocidad a la que van los coches, lo poco que puede decirse, la cantidad de vallas publicitarias por kilómetro y lo poco que suelen durar, deberíamos plantearnos si realmente sirven para algo más que para tirarles una foto y subirlo a internet. Que se considere que algo así merece ser publicitado en la web lo dejamos para otra ocasión...

Hasta aquí lo referente a dar a conocer lo que estaba pasando. Sin embargo, es obvio que la presión no podía haberse detenido ahí, sino que debía ir más allá. Por motivos obvios, nos abstendremos de comentar los actos de presión reales "no públicos". La valoración y la crítica de este punto son tan necesarias como las demás pero este no es el espacio ni el medio.

En lo referente a los actos públicos, la campaña en Madrid se planteó, en nuestra opinión, mal por varios motivos. En primer lugar, las competencias penitenciarias están transferidas a la Generalitat de Cataluña por lo que a quien había que presionar y exigir la libertad de Amadeu

era a ésta y no a Instituciones Penitenciarias, que no tiene competencias. Dicho esto, la concentración del cinco de septiembre frente a Instituciones podría tener más o menos carácter simbólico pero de medida de presión, nada de nada. Pero quizás más grave aún es que la concentración se convoque con todas las características para que sea un acto puramente simbólico pero luego se deje de lado a medios de información y contrainformación, en teoría para potenciar la comunicación "real" frente a la "mediática". Si realmente se quería jugar, ante todo, la baza de la comunicación "real", la concentración debería haberse convocado en un sitio masificado donde se nos viese y pudiéramos llegar a la mayor cantidad de gente: Sol, Atocha, Gran Vía, etc., pero no en un sitio relativamente desértico un viernes por la tarde como era ese, en el que la policía pudo rodearnos con las furgonas y casi evitar que se nos viese desde la acera de enfrente. La concentración podría haber quedado muy bien para una foto o un video, pero comunicación "real" más bien poca.

¿Cuál es el problema? Para nosotros, una cierta falta de análisis. Se decide apostar por la comunicación "real" y por la presión "directa", lo cual, dejémoslo claro, nos parece un acierto tremendo y el camino a seguir, pero sin embargo la concentración se hace en un sitio relativamente poco transitado peatonalmente y frente a una institución que carece de competencias directas en el caso. Se elige el destino correcto pero se pretende ir por el camino contrario, lo cual es total-

mente comprensible, teniendo en cuenta que últimamente la mayoría de las luchas y campañas, eligen la vía mediática y espectacular, a la cual la acción real está en muchos casos subyugada (el RES, la obsesión por los videos y las imágenes en Internet, aparecer en el telediario, etc.). Por la importancia general que se le da, y por la excepción que ha supuesto la lucha de Amadeu Casellas, nos gustaría acabar tratando, brevemente, el papel de los medios en esta y otras luchas.

5. Medios de Comunicación

Sobre los medios de comunicación se han dicho tantas cosas que parecería innecesario decir más. Nosotros sólo queremos recalcar algunos breves apuntes. Respecto a los medios podemos encontrar dos posturas bien diferenciadas. Los que creen que los medios de comunicación pueden y deben ser utilizados, con diferentes grados de reserva, y aquellos que piensan que los medios de comunicación, en general, no deben ser utilizados, también con diferentes grados de matices. A pesar de estar más extendida, no comentaremos en detalle la primera postura, que da para un análisis aparte. Nos limitaremos a exponer, brevemente, porque compartimos la segunda postura y también porque nos diferenciamos de una determinada manera de expresarla.

Para nosotros rechazar el uso de los medios es, ante todo, una cuestión estratégica y política. La utilización de los medios de comunicación suele distorsionar el contenido del mensaje que se quiere lanzar, por no hablar de que llamar comunicación al monólogo unidireccio-

nal que escupen los medios es poco menos que obsceno. Es cierto que el uso de los medios de comunicación permite un acceso rápido a grandes sectores de la población, lo que probablemente sea una oferta irrechazable para los que tienen algún mensaje que ‘vender’, sin embargo, es un acceso de lo más fugaz, o dicho de otro modo, el periódico de hoy envuelve el pescado de mañana. Para que algún tema cale en la población por la vía mediática hay que recurrir al bombardeo, al martilleo sistemático. Como todo ex concursante de Gran Hermano sabe, hay que currárselo para mantenerse en el “candelabro”. No es de extrañar que algunas tácticas fundamentalmente orientadas a los medios traten de concentrar una batería de acciones en una semana, de otro modo su mensaje se diluiría entre sucesos, crónica rosa y desgracias nacionales e internacionales. Además, los medios tienden a personalizar los conflictos: les encantan los portavoces, las ruedas de prensa, las opiniones, las encuestas, etc. De alguna forma esto imprime su sello en el propio movimiento. Los portavoces, generalmente aquellos con mejor labia y presencia, acaban transformados en vedettes mediáticas, por no hablar de las consecuencias de la fama, la adulación, etc. Hay que tener la cabeza muy bien amueblada para no dejarse arrastrar por todo esto y, siendo sinceros, tanto en esta sociedad como en nuestro movimiento se suele abusar del estilo IKEA: rápido, barato, baja calidad y difícil montaje. Por todo esto es lógico que tengamos más que reservas en la utilización de los medios de comunicación.

Nosotros creemos que para que una lucha sea efectiva a corto y largo plazo debe orientarse, ante todo, a generar lazos de clase entre iguales, relaciones basadas en la solidaridad, el apoyo mutuo y el enfrentamiento con la opresión y la explotación. Difícilmente el uso de los medios de comunicación puede aportar algo significativo a esto.

Dicho esto, repetimos que nuestro posicionamiento se basa sobre criterios políticos y estratégicos y esto es lo que nos diferencia de determinadas posturas que rechazan el uso de los medios de comunicación, pero que lo hacen en base a argumentos morales, es decir, el uso de los medios de comunicación sería ‘bueno’ o ‘malo’ en sí mismo. Usarlos sería ‘mancharse las manos’, casi ‘pecar’. Esta moralización, muy frecuente en

determinados ambientes libertarios, no se limita al uso de los medios de comunicación sino que se extiende a muchas otras cuestiones. Ojito con equivocarse, no estamos diciendo que no existan criterios morales en determinadas cuestiones, lo que criticamos es una tendencia a moralizar todos y cada uno de los debates políticos, a expresarlos en términos del ‘bien’ y del ‘mal’.

No tenemos sitio aquí para analizar en detalle de dónde viene esta tendencia a moralizar los asuntos políticos, aunque sería interesante hacerlo, ya que parece ser una tendencia secular entre determinados anarquistas. En muchos casos puede entenderse como una respuesta histórica al vomitivo posibilismo de leninistas y socialdemócratas, o, al “valetudo” que se ha impuesto últimamente en determinados ambientes “ciudadanistas”, el cual, en el fondo, sólo es una versión enrollada de lo anterior, donde hunde sus raíces. En otros casos seguramente sea una forma de “codificar” de una forma simplista todo un conjunto de lecciones extraídas de experiencias previas. De esta forma uno se ahorra tener que afrontar esas incómodas contradicciones de la vida real.

Lo que más nos interesa ahora mismo es valorar algunas de sus consecuencias más dañinas. Por un lado, la codificación moral elimina de un plumazo cualquier valoración estratégica: “los medios son malos. Punto”. Se sustituye el análisis de la situación por un cómodo resorte cerebral. Por otro, al plantear estas cuestiones en el plano moral, el debate suele acabar



derivando hacia la personalización de las mismas en términos de “falta de coherencia”, “hipocresía”, “asco”, etc. Sólo el eterno debate de “la coherencia” podría llenar páginas así que nos limitaremos a decir que, lamentablemente, en muchas ocasiones el recurso a la coherencia es más pose que integridad y más veces aún trata de maquillar una desorientación respecto a cómo actuar en la realidad.

Decimos todo esto porque creemos que en el caso de la campaña de Amadeu Casellas, esta moralización del “asunto medios” ha podido desorientar un poco al personal, mostrando algunas de sus contradicciones. Partiendo de la valoración de este conflicto que hemos hecho más arriba, creemos que este es uno de los pocos casos en los que se podía haber intentado jugar la baza mediática. Esto no significa lanzarnos ahora a dar ruedas de prensa y a mendigar huecos en los periódicos progres. No. Nos referimos a tratar de que las acciones y la difusión (por internet o en la calle) tuviesen la mayor repercusión mediática posible, para intentar que el caso de Amadeu empezase a conocerse en la calle. Esto no significa en ningún caso rechazar la comunicación real y las acciones, sino todo lo contrario, potenciarlas al máximo. El problema de la ‘lógica mediática’ es que invierte el orden lógico de los sucesos. Pretende recurrir sistemáticamente a los medios para crear un movimiento real, cuando la realidad es que sólo un movimiento real puede aparecer sistemáticamente en los medios.

Sin embargo, una postura moral contra

los medios de comunicación no acepta excepciones. La manifestación del día 5 no fue comunicada a los medios, ni tampoco se preparó algún comunicado para los mismos en caso de que apareciesen. Simplemente se hace como que no existen. La gran contradicción del moralismo se muestra cuando hay incluso quien sólo se opone a ‘llamar a los medios’ pero no tiene mucho en contra de que ‘aparezcan’. Como decimos, el problema es ‘mancharse las manos’... cogiendo un teléfono.

Para acabar con este tema nos gustaría hacer una advertencia. Ya hemos comentado que consideramos esta campaña como un conflicto “excepcional”, no creemos que recurrir a los medios sea de gran utilidad en la mayoría de los conflictos reales y desde luego no creemos que centrar la lucha en la aparición mediática sea útil en ningún caso (ni siquiera en éste). La advertencia es que las excepciones son excepciones, no reglas. Es muy habitual que mediante el recurso continuado a ‘lo excepcional’ se trate de normalizar determinadas actitudes, tácticas, etc. Para ello debemos recordar siempre las condiciones que hacían necesario o posible las diferentes tácticas usadas para que no nos la cuele con el “aquella vez hicimos esto, así que no se qué problema hay en hacerlo otra vez”.

6. Conclusión

Este texto es una crítica hecha desde dentro, intentando transmitir nuestras dudas y nuestras opiniones, sobre todo a nivel estratégico con el objetivo de luchar por la liberación de Amadeu con las

mayores expectativas de victoria posibles, y contemplando todas las posibilidades. No se trata de ningún tipo de lección moral, como ya hemos apuntado. Por eso queremos que se entienda y se asuman las aportaciones críticas como una reflexión por nuestra parte de lo que supondría encauzar todos los esfuerzos hacia los lugares más indicados para presionar realmente a quien hay que presionar para que se concedan las reivindicaciones de un preso en estado crítico tras una huelga de hambre tan larga. Seguramente puedan encontrarse culpables o responsables directos de la situación de Amadeu, y posiblemente, puedan haberse llevado a cabo acciones que pudieran haber presionado en ese sentido, tanto de instituciones competentes de este caso, como de personas. Es por eso que no creemos que para campañas de este tipo puedan y deban utilizarse los mismos medios que para otras labores más cotidianas.

La campaña por la liberación de Amadeu Casellas ha tenido sus luces y sus sombras. En lo positivo, destacaríamos sobre todo el esfuerzo realizado por muchos compañeros así como el recurso a la comunicación real y la propaganda en la calle frente al ciberactivismo o la lucha mediática. En lo negativo, que no se ha sabido aprovechar las oportunidades que ofrecían en este caso la difusión por internet y la difusión mediática y el que en muchos casos se ha caído en el activismo, seguramente por falta de un análisis más detenido. Sea como sea, el camino es largo y este sólo ha sido un pequeño paso. Sigamos aprendiendo.

HOY POR TI, MAÑANA POR MÍ...

Represión a los más jóvenes y lucha de clases.

En este artículo queremos hacer una reflexión teórica sobre un conflicto emergente en el que algunos miembros del grupo Ruptura estamos implicad@s: la lucha contra los centros de reclusión de menores (“reformatorios”).

Cuando se aborda la lucha contra las cárceles y, en el caso que nos ocupa, contra los centros de menores, a menudo se desvirtúa la lucha de clases. Entendemos que los problemas aparecen si:

- Se entra en una espiral asistencialista. Nos referimos a aquellas luchas en las que ciudadan@s bienintencionad@s intentan ayudar a un@s “pobres desvalid@s”. En estos casos los activistas pasan a “luchar por otr@s” que, por otra parte, no toman parte en la lucha y son tomad@s como “objetos del conflicto”, pero no participan en la toma de decisiones ni tienen un papel protagonista.

- Se apoya una imagen del “lumpen” que se idealiza, pensando que el “delincuente”, por serlo, ya es revolucionario. No es revolucionario, igual que no lo es el currito, o el estudiante a priori. Debe tener conciencia. Por tanto, ni desdeñamos ni fantaseamos con la imagen revolucionaria de un sector concreto de la sociedad.

No queremos abordar este tema desde ninguna de las dos perspectivas que en principio nada ayudan al fortalecimiento y avance de la lucha de clases. Pero tampoco queremos obviar la realidad carcela-

ria, cosa que muchos denominados anarquistas y comunistas parecen hacer bien por miedo a la represión, bien por falta de interés (“lo que no me pasa a mí no me importa”), o bien por falta de encontrar un nexo de unión entre la lucha anticarcelaria y la lucha de clases.

El conflicto entre explotad@s y explotador@s no puede resumirse en una lucha dentro del mundo del trabajo, pues estaríamos contribuyendo a ese “obrerismo” clásico que olvida aquellos aspectos de la vida ajenos al ámbito laboral. Al afrontar la lucha contra los centros de menores, tenemos en cuenta quiénes sufren esta realidad. Los reformatorios afectan casi exclusivamente al sector más empobrecido de la clase proletaria, que no por pobre o excluido deja de ser un sector de nuestra clase al que podemos pertenecer nosotros en un futuro o nuestros amigos y seres queridos en el presente. El empobrecimiento progresivo al que nos somete el capital está haciendo crecer el porcentaje de ese “lumpen juvenil” día a día, principalmente a base de hij@s de trabajador@s inmigrantes, y es de esperar que la tan manida “crisis económica” aumente las cifras también con hijos e hijas de trabajador@s locales. En esta sociedad clasista no tod@s tenemos las mismas oportunidades para desarrollar nuestra vida y cubrir nuestras necesidades, ni siquiera tenemos las mismas posibilidades de acabar en la cárcel (sea

de menores o de adultos). Es por tanto un problema que nos afecta, y muy directamente, como clase.

Por otra parte entendemos que la prisión es una estructura de violencia y un mecanismo de castigo. La cárcel se configura como el sistema punitivo correspondiente a la modernidad que no es otra cosa que la consolidación de una clase social en Europa a partir del siglo XVII: la burguesía. Se desarrolla un modelo de sociedad mercantilista, donde todo tipo de intercambio entre las personas se hace en términos de mercancía. Esto es lo que sustenta, desde el punto de vista penal, la “teoría retributiva de la pena”. Es decir, el concepto mercantilista de la pena consiste en pagar un tiempo de condena en relación con el delito cometido o con el daño causado a la sociedad. Antes de la emergencia y consolidación del estado moderno existían otros sistemas punitivos que no tenían como centro la cárcel. Todo esto se baña de un barniz presuntamente “reinsertor” que en la cárcel de adultos no pasa de palabras que pocos toman en consideración seriamente, pero que muchos de los que participan en el sistema de reclusión de menores han asumido como propio. Quienes abren y cierran las puertas se llaman “educador@s” en las cárceles de menores, y se incide especialmente en cambiar las conductas del chico o la chica pres@s con constantes actividades y correcciones, a menudo desesperantes y en algunas ocasiones, por qué no decirlo, efectivamente formativas.

Al abordar públicamente este conflicto, el mensaje irá dirigido a que la clase obrera

entienda que es a ella a quien la están reprimiendo, no a l@s “delincuentes” concret@s. La delincuencia que puede afectar a nuestros barrios, con sus efectos desagradables (como que nos roben y asalten, o el narcotráfico en nuestro entorno) son consecuencia del actual orden económico y social. Los actos de quienes en un momento concreto nos hacen daño perteneciendo a nuestra propia clase no pueden disociarse del contexto capitalista en el que se producen. Esto no significa que se obvие el problema real que suponen muchos actos “delictivos”, pero cuando se produce un conflicto de intereses en el seno de la clase obrera lo lógico sería solucionarlos en ese mismo marco. Esto, que puede parecer utópico en el Madrid de nuestros días es una práctica que se ha producido en aquellos barrios donde la auto-organización obrera ha llegado a niveles altos. Ejemplos hoy en día los tenemos en algunas zonas de Latinoamérica, y hace años en el los barrios de influencia anarquista de nuestro propio territorio.

Las ideas de “delincuencia” y “delincuente” son utilizadas por el Estado para intervenir y “proteger la sociedad”. Al Estado no le preocupan otros hechos, construye su realidad y da sus respuestas. Logra así convencer a l@s ciudadan@s “normales”, domesticad@s, los que nunca van a tener contacto con la policía, ni van a tener capacidad de transgredir la ley, de esa maravillosa sensación que les va a evitar darse cuenta de la perversidad de la lógica dominante. La dominación se presenta como una combinación de la ideología capitalista, los organismos pro-

ductores de ella, el material e instrumentos necesarios para su difusión y por otro lado el aparato coercitivo que ejerce la dominación directa.

¿Qué hacer en la lucha contra los centros de menores?

Estamos empezando en esto y, ciertamente, experimentamos en el camino que hemos decidido tomar. En poco tiempo se han obtenido algunos logros, pero también es verdad que estamos en un momento de clarificación política que nos permita avanzar y enfocar mejor la lucha desde una perspectiva de clase, necesaria si algún día queremos hacer la revolución.

Para comenzar, habrá que aclarar a quiénes afecta este problema. Tenemos a l@s directamente reprimid@s que son l@s chaval@s, y sus familias. Por extensión al barrio del que vienen, ya que si bien hoy el resto de chaval@s no están dentro de la prisión, se trata de un problema que les afecta directa o indirectamente. Para nosotr@s se trata de fomentar el espíritu solidario y unitario, es decir, hay que fomentar en nosotr@s mism@s y en los demás, actitudes de colaboración y apoyo mutuo. Es vital para nosotr@s como clase establecer unos nexos de unión y construir organización dentro y fuera de los centros, constituir asambleas de solidari@s y afectad@s directamente que intenten actuar sobre las condiciones de control y dominación que sufre nuestra clase por parte de la burguesía. El objetivo es que nuestras exigencias vayan subiendo poco a poco de tono hasta que no puedan ser asumidas por el capitalis-

mo. De momento se trata mejorar las condiciones de reclusión, que en personas encerradas es decir mucho. Y si se puede, conseguir que ningún menor se vea en la situación de ser encerrado.

Los puntos clave del conflicto son actualmente:

- Violaciones de los “derechos humanos”. Torturas, medicación forzosa, aislamiento... Son sólo algunas de las atrocidades que se cometen con l@s chaval@s. Se trata de que ell@s sean conscientes de los abusos que sobre ell@s se cometen, y actuemos desde dentro no consintiendo ningún abuso y desde fuera presionando con los medios que se crean necesarios.

- La represión como negocio. Como ya hemos dicho, este es uno de los muchos negocios de donde l@s capitalistas sacan partido económico. Actuamos sobre estas empresas que se lucran de la tortura. Sus dueñ@s se preocupan de lo que les pueda pasar a sus empresas. Y tienen intereses por muchos lados. Es interesante estudiar las conexiones que bancos y otros negocios capitalistas tienen con estas empresas con actividad represiva. La industria farmacéutica es otro sector que saca buena tajada del encierro de l@s chaval@s.

- Sacar a la luz lo que está pasando. Actuar en el entorno cotidiano de nuestra vida haciendo saber qué pasa con l@s chaval@s del barrio, qué sucede en el interior de ese edificio que vemos cada día cuando vamos a coger el autobús. Con un lenguaje sencillo, directo y explicando claramente quién y por qué se encuentra encerrad@ tras esos muros.



• El papel del personal “educativo” de los centros. En cuanto a l@s educador@s, es difícil plantear el tema, ya que en general se ven arrastrados por la lógica de dominación y encierro que promueve el sistema. No ven el problema de l@s chaval@s desde una óptica de clase que les hace solidarizarse con ell@s, sino que rápido pasan a adoptar aquel papel por el que se les contrató: el de carceler@s. Encierran a personas, torturan física y psíquicamente a l@s chaval@s y se autojustifican posicionándose en contra de l@s excluíd@s. No queremos generalizar, pero sí queremos que est@s trabajador@s tengan en cuenta el papel que les ha tocado realizar (que en nada se parece a aquello que algún día aprendieron en su facultad) y que su trabajo tiene unas responsabilidades que tienen que tener en cuenta, ya que no queremos permitir que la tortura quede impune.

Al afrontar esta lucha nos encontramos con varios problemas:

- Los planteamientos ideológicos de los jóvenes no se traducen en general en una postura política clara. Comprenden más fácilmente que otr@s que su miseria tiene relación con el sistema capitalista, pero no es fácil crear conciencia revolu-

cionaria.

- Nos damos cuenta que las "minorías marginadas" no están dentro de las luchas prioritarias de la clase trabajadora. Esto es así principalmente porque la gente no lucha más que cuando se ven afectadas directamente sus condiciones de vida. Si apostamos por una visión amplia y profunda de la lucha de clases, llegará un momento que los trabajadores ya no solamente se plantearán por qué tienen que soportar unas condiciones miserables de vida, sino por qué tienen que existir cosas como los centros de menores (como los transgénicos, el TAV...).

- No se trata de una lucha con grandes resultados inmediatos. Somos conscientes de que el fin de los sistemas de reclusión sólo llegará en un contexto revolucionario, pero es importante reconocer que se consiguen mejoras muy importantes para la vida de l@s afectad@s.

- Por último, ésta corre el riesgo de convertirse en otra lucha moda. Es un tema del que hoy se puede hablar mucho, como ayer molaba la insumisión y mañana la ecología. Esto pasa muchas veces por no tener una visión de conjunto de lo que pasa y de la lucha como algo que afecta a nuestra clase.

Son muchos los pasos que nos quedan, pero también muchas las ganas que nos sobran de acabar con todo esto. Son muchas las dudas y preguntas que nos van surgiendo y a los aciertos y victorias se sucederán también los errores.

Cambiando de ciclo

El significado de la crisis capitalista

“La crisis no es económica, pero se presenta como tal. La crisis expresa la inestabilidad estructural de las relaciones sociales capitalistas, la inestabilidad de la relación básica entre capital y trabajo sobre la que se basa la sociedad. Se presenta como crisis de la economía, que podría llegar a tener efectos en otras esferas de la vida social”

1. Otro cambio de ciclo

Todo apunta a que la crisis en la que nos vemos inmersos supondrá un nuevo cambio de ciclo para el capitalismo. Vivimos y viviremos épocas de cambios, de “turbulencias”, para que todo siga igual. Comprender los motivos de la crisis es fundamental para los que intentamos oponernos al capitalismo, para tratar de prever sus giros estratégicos, para desarrollar argumentos frente a las excusas capitalistas y sus llamadas a “salvar la economía”, y, sobre todo, para construir alternativas de clase que nos permitan afrontar los tiempos, duros, que se avecinan.

¿Cuánto durará la crisis? ¿Cuál será su alcance? No lo sabemos. Y es probable que nadie lo sepa. Iniciamos con éste una serie de artículos en los que trataremos de explicar lo que vamos entendiendo de la crisis, con el único objetivo de afrontarla mejor. Animamos a todos los compañeros a que se nos unan y nos critiquen, corrijan y apoyen para, entre todos, desarrollar herramientas teóricas y prácticas con las que preparar la lucha.

2. La esencia de la crisis en el capitalismo

La crisis actual se manifestó inicialmente como una crisis financiera a mediados de 2007. Un año y medio después, comienza a golpear con fuerza a la llamada economía “real” (¿debemos suponer que el resto es imaginaria?). El paro aumenta, las empresas cierran, se producen fusiones y bancarrotas, aumenta la morosidad y los desahucios, etc. Y esto es sólo el comienzo. El origen financiero de la crisis dificulta su explicación debido a las complejidades propias de dicha esfera económica. Antes de entrar en sus causas, mecanismos y manifestaciones concretas (en próximos números), nos gustaría reflexionar sobre la esencia de la crisis capitalista y de su resolución. Para ello hay que interpretar la crisis capitalista desde el núcleo esencial del propio capitalismo: el conflicto entre capital y trabajo, lo que significa resituar la crisis en el contexto de la lucha de clases. No sólo porque este sea el camino que nos permitirá ir analizando sus manifestaciones más concretas, sino porque nuestro principal interés no es el tratamiento académico de la crisis, sino, como decimos, desarrollar estrategias colectivas que nos permitan enfrentarnos a ella.

Como todos sabemos, no nos enfrentamos a nada esencialmente nuevo, el capitalismo ha sido sacudido periódicamente por graves crisis: 1873, 1929, 1973..., con más o menos problemas, siempre ha con-

seguido reponerse. En todos los casos, la crisis ha supuesto el inicio de un período de reestructuración de las relaciones entre capital-trabajo, es decir, entre burguesía y proletariado, y también entre los diferentes capitales a nivel internacional, entre sus diferentes burguesías nacionales. Esto es así porque la crisis es la expresión económica extrema del antagonismo entre capital y trabajo, contradicción fundamental del capital en tanto que relación social.

Comprender las crisis como el resultado del agotamiento de un determinado modelo de relaciones de clase, de su quiebra, nos facilitará entender las medidas capitalistas contra la crisis como un proceso de reestructuración de dichas relaciones. Al colocar, de esta forma, a la lucha de clases como el verdadero epicentro de la crisis podemos abandonar nuestro papel de meros espectadores, o de meros sufridores de las consecuencias de la misma, y tomar un papel activo en la confrontación.

Como desarrollaremos más adelante, en nuestra opinión, esta crisis es consecuencia de la incapacidad de la burguesía para imponer totalmente un nuevo patrón de relaciones de clase tras la crisis del modelo keynesiano de postguerra. El resultado de que esta victoria de la burguesía sólo se completase a medias lo estamos sufriendo en forma de crisis y constituirá la excusa perfecta para acabar lo comenzado hace 30 años. Para comprender en qué consiste esta reconfiguración de las relaciones de clase debemos partir del marco anterior: el keynesianismo.

3. Keynes al rescate...

“Puedo estar influido por lo que me parece ser justo y correcto; pero la lucha de clases me encontrará al lado de la burguesía culta”

J.M. Keynes

Keynes ha pasado a la historia como el defensor de la intervención del estado en la economía y así, en cierto modo, como el defensor de la moderación frente a los excesos del mercado. Para la actual socialdemocracia y buena parte de la izquierda progre, Keynes es el gran referente económico y todos los males actuales se deberían al cambio de la recta senda keynesiana por el fundamentalismo de libre mercado. Sin embargo, esto no es más que un cuento de hadas. Lo único que hizo Keynes fue retocar lo justo la economía burguesa para que pudiese afrontar de alguna forma la Gran Depresión de 1929. La teoría keynesiana, y la de sus discípulos, no es más que una teorización económica del proceso de reestructuración de las relaciones de clase que tuvo lugar después de la Primera Guerra Mundial ¹

El primer asalto a la sociedad de clases (Rusia, Alemania, Hungría, Italia, etc.), con toda su virulencia, supuso un enfrentamiento directo, masivo e internacional entre burguesía y proletariado. La respuesta del capital fue un hábil manejo del palo y la zanahoria, una combinación de represión e integración en la que la socialdemocracia tuvo un papel crucial. La socialdemocracia clásica es la representación del proletariado exclusivamente en tanto que fuerza de trabajo dentro

1. A pesar de nuestras diferencias con el autor, gran parte del proceso está descrito en “Se abre el abismo: auge y caída del keynesianismo” de J. Holloway. Puede encontrarse en http://argentina.indymedia.org/uploads/2006/05/04_holloway_-_marxismo__estado_y_capital.rtf

del capital², que, asumiendo la división economía-política característica del capitalismo, puede ser política, en forma de partidos, o económica en forma de sindicatos.

La integración suponía el reconocimiento de los trabajadores, esto es, de sus representantes, como un interlocutor válido, y por tanto el capital se mostraba dispuesto a hacer concesiones a la clase trabajadora a cambio de que ésta se mantuviese en los límites del capital. Por supuesto, el capitalismo no había sufrido un repentino ataque de buen rollo, sino que se veía obligado a ello por el empuje del proletariado revolucionario, desgraciadamente muchas veces integrado en las filas de la propia socialdemocracia e incapaz de ir más allá.

Por supuesto, esta integración presupone la exclusión y represión, e incluso el exterminio, de toda perspectiva revolucionaria de superación de la relación de clase. En un principio también de todas aquellas formas políticas que representaban alternativas burocráticas de gestión capitalista: los partidos estalinistas. Una vez consolidada la Unión Soviética y

aceptada entre el resto de naciones, el papel de los partidos estalinistas (que como derivados del leninismo sólo son formas radicalizadas de la socialdemocracia) fue el de contener o exterminar cualquier expresión revolucionaria del proletariado (en Mayo del 37, en Francia en 1936 o el papel clave que tuvieron para controlar muchos movimientos partisanos tras la Segunda Guerra Mundial, como en Italia o Grecia) y ponerla a los intereses del imperialismo de Moscú.

Este proceso se inicia al final de la I Guerra Mundial, y no culmina hasta el final de la Segunda, expresión máxima pero también solución de la Gran Depresión de 1929. Al principio de los años 20, los alzamientos revolucionarios consiguieron una serie de concesiones antes de ser rápidamente reprimidos³. A mediados de la década, toda expresión revolucionaria del proletariado había sido duramente reprimida, y el capitalismo trató de volver al orden prebélico (vuelta al patrón-oro, reprivatización de las empresas nacionalizadas durante la guerra, etc.⁴). El fracaso de esta vuelta al orden anterior resultó en la Gran

2 Cuando decimos representación en tanto que fuerza de trabajo dentro del capital, lo que queremos decir es que trata de representar al proletariado respetando y manteniéndose dentro de la relación de clase, tratando de desplazarse dentro de ella, pero jamás de suprimirla. Por este motivo acaba asumiendo los medios y las formas organizativas típicas del capitalismo (división dirigidos-dirigidos, secretismos, “traición” a las bases, etc.) y por eso mismo es el primer enemigo al que debe enfrentarse el proletariado cuando adopta una perspectiva comunista que trata de abolir la relación de clase suprimiendo el capitalismo. Esta perspectiva comunista jamás podrá expresarse bajo medios alienados (partidos, sindicatos, etc), sino sólo en el desarrollo de prácticas colectivas que tiendan a nuestra autosupresión como clase.

3. Excepción hecha del proletariado ibérico, que habiendo llegado su capitalismo tarde, también retrasaría hasta 1936 su asalto y derrota.

4. Simon Clarke. “Keynesianism, Monetarism, and the Crisis of the State”. Puede obtenerse en: <http://www.warwick.ac.uk/~syrbe/mst/kmcs.doc>

Depresión y su inmediata consecuencia, la Segunda Guerra Mundial, que fueron el punto de inflexión a partir del cual comienzan a imponerse los mecanismos integradores. No hace falta decir que la represión no desaparece, pero ahora es un complemento a la integración. El 'New Deal' ('nuevo acuerdo' entre capital y trabajo) de Roosevelt, los programas de intervención estatal de principios de los años 30 en Suecia y Alemania son ejemplos prácticos cuyo reflejo ideológico es la publicación, en 1936, de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, de Keynes, y la posterior elevación del keynesianismo a los altares de la ortodoxia económica.

El 'compromiso keynesianismo' de los años 50-70 es la expresión más desarrollada de esta integración del proletariado en tanto que fuerza de trabajo dentro del capital. Podemos afirmar que este patrón de relaciones de clase giraba en torno a tres ejes básicos:

-Pleno empleo: El gran 'shock' de la Gran Depresión fue el aumento del desempleo hasta niveles que nunca se habían visto anteriormente. En la concepción económica neoclásica dominante hasta la fecha, la existencia continua de paro involuntario era sencillamente imposible. A nivel teórico, Keynes planteó la idea de que el capitalismo era incapaz de asegurar por sí mismo el pleno empleo (y también la plena ocupación de recursos productivos) e introdujo un nuevo formalismo económico que explicaba la existencia de desempleo en condiciones de equilibrio. Consciente de los riesgos que podía suponer para el capitalismo la subocupación de recursos y, sobre todo, la existencia de una masa de trabajadores desempleados, Keynes hizo del "pleno empleo"



el objetivo prioritario de la política económica. Puesto que el capitalismo era incapaz de lograrlo por sus propios medios, el estado debía sustituir y estimular, mediante el gasto público, un gasto privado insuficiente causado por una insuficiente "propensión a consumir y a invertir".

El estado intervenía para salvaguardar al capitalismo de sí mismo, y permitir así que continuase explotando a los trabajadores, para lo cual estaba dispuesto a establecer como objetivo prioritario que todos los trabajadores tuviesen acceso a un trabajo y por tanto a un salario. De alguna forma el objetivo del pleno empleo representaba un reconocimiento, en el plano económico, del derecho de la clase trabajadora a ser explotada por el capitalismo.

-Salarios, sindicatos, consumo: Quizás menos conocida que la anterior es la posición de Keynes respecto a los salarios. Keynes se dio cuenta de lo difícil que sería disminuir directamente los sala-

rios nominales (lo que cobras en euros) de todos los trabajadores, ya que esto suponía un enfrentamiento directo en sus centros de producción. Por el contrario, era mucho más sencillo aumentar ligeramente el nivel de precios de forma que el salario real (lo que puedes comprar con esos euros) bajase para todos los trabajadores. Una política monetaria ligeramente inflacionaria disminuía la proporción de los costes laborales en la inversión, aumentando los beneficios y, por tanto, la propensión de los empresarios a invertir. De hecho, las medidas keynesianas de aumento de gasto público recurriendo al déficit fiscal, son, por sí mismas, inflacionarias. La inflación servía para contrarrestar el acuerdo de las subidas salariales nominales proporcionales al aumento de la productividad en el trabajo, otra forma de reconocer el papel del trabajo dentro del capital, esta vez en los propios centros productivos. Una inflación equivalente al aumento de la productividad era suficiente para compensar los aumentos salariales nominales.

En este contexto, los sindicatos son, al fin, plenamente reconocidos institucionalmente. De ser un estorbo con el que había que tratar o reprimir, pasan a ser agentes sociales con un lugar muy definido en la política económica y social: como representantes de la fuerza de trabajo en la producción son los interlocutores válidos en la negociación de su precio. A cambio, mantienen las reivindicaciones dentro de unos límites tolerables para la economía nacional y se encargan de manejar situaciones potencialmente conflictivas o potencialmente revolucionarias. Para este fin empiezan a surgir organismos tripartitos (estado, sindicatos, patronal) en los que se definen las

líneas económicas de los años siguientes.

Si los sindicatos y los acuerdos de ajustar los salarios a la productividad suponen el reconocimiento de la clase trabajadora en la esfera de la producción, el ascenso del consumo de masas supone su “reconocimiento” en la esfera del consumo. Las técnicas de producción estandarizada del Fordismo y la popularización del crédito permiten el acceso por primera vez de grandes sectores de la población a niveles de consumo cada vez más elevados. De esta forma la clase trabajadora es considerada no sólo como un “gasto” en la fábrica sino también como un posible cliente fuera de ella.

-Estado del bienestar: La intervención social del estado es el tercer gran pilar del ‘compromiso keynesiano’. El estado del bienestar se basa en la consideración del estado como un agente neutro cuyo papel es redistribuir la riqueza de forma indirecta mediante la provisión social. Los servicios públicos: sanidad, educación, cobertura de desempleo, bajas, pensiones vienen a ser una especie de “salario indirecto” (en tanto que todos estos servicios entran dentro del precio de la fuerza de trabajo) que el estado se encarga de gestionar. Por supuesto, al mismo tiempo que provisión social, los servicios públicos constituyen un mecanismo de control de la población a través de la implantación de determinadas políticas sanitarias, escolares, seguimientos, etc.

Lo que hay que tener en cuenta es que los gastos públicos provienen de los impuestos sobre, por un lado, los salarios, y por otro, los beneficios empresariales. Dependiendo del régimen fiscal la proporción de unos u otros será mayor, lo que significa que, globalmente, la intervención estatal puede suponer un flujo

de dinero neto de la burguesía al proletariado (una redistribución de la riqueza) o viceversa, una transferencia de los proletarios a las empresas capitalistas, ya que el estado no se limita a proporcionar servicios públicos sino que subvenciona empresas, financia obras públicas, etc.

Ahora bien, puesto que los beneficios empresariales provienen de la extracción de plusvalía a la clase trabajadora, el dinero público proviene fundamentalmente del proletariado, bien directamente a través de impuestos sobre sus salarios (incluyendo su consumo) o bien indirectamente a través de la plusvalía que genera, por lo que la farsa de un estado neutro “redistribuidor” de la riqueza se cae a pedazos.

Por supuesto, la socialdemocracia clásica encontró aquí su nicho en la forma de partidos “serios” capaces de gestionar el capitalismo de postguerra. De hecho, el establecimiento del estado del bienestar supuso, básicamente, la aceptación a nivel estatal de buena parte del programa clásico socialdemócrata. En la mayoría de las democracias de Europa Occidental, tanto los partidos socialdemócratas como los “conservadores” estuvieron esencialmente de acuerdo en la existencia de dicho sistema de provisión social.

Hay que dejar claro que esta integración no suponía, ni mucho menos, la desaparición de la lucha de clases o del antagonismo capital-trabajo. Las huelgas, las reivindicaciones, las maniobras de los empresarios, las reivindicaciones sindicales, etc., no desaparecieron durante treinta años. Lo que se intentó fue contener de alguna forma ese conflicto dentro de

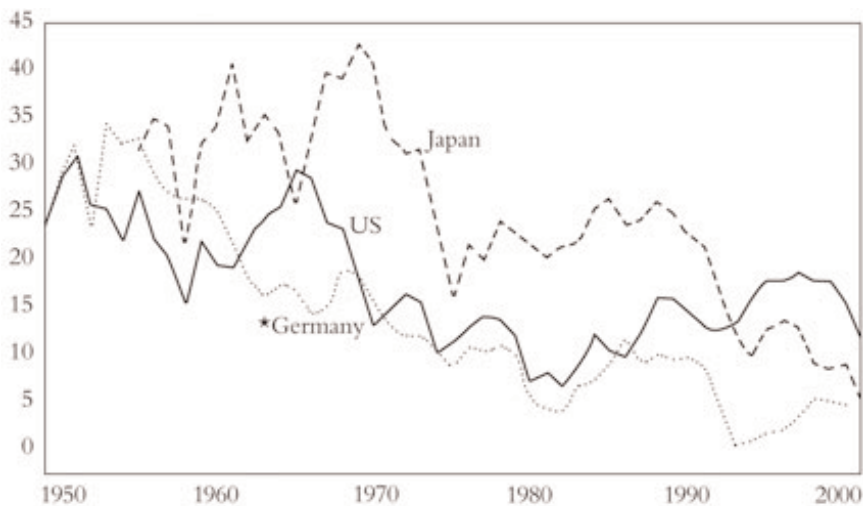
los márgenes del sistema capitalista. Algunos autores califican este fenómeno de “monetización” del conflicto. El capital reconocía cierto papel al proletariado en tanto que fuerza de trabajo que explotar. Esto le permitía reivindicar una cuota creciente en la prosperidad económica, en forma de mayores salarios, de más pasta que gastar en un consumo que por primera vez era accesible a los trabajadores. Sin embargo, la burguesía nunca estuvo dispuesta a renunciar a su papel de organizador y gestor de la producción. Las inhumanas condiciones técnicas de trabajo debían ser compensadas por aumentos salariales, no por un cambio en dicha condición.

Sin embargo, este modelo era terriblemente caro para la burguesía, que sólo pudo ceder tanto gracias al extraordinario crecimiento de postguerra, y comenzaría a entrar en crisis a finales de los 60, manifestándose abiertamente durante toda la década posterior.

3. La ofensiva “neoliberal”

Como dijimos al principio, los verdaderos orígenes de esta crisis se encuentran en la crisis de los años 70, la quiebra del llamado “compromiso keynesiano” o la “economía mixta”, en su irresolución. La crisis actual es el resultado de las medidas tomadas durante finales de los 70 y principios de los 80 para tratar de superar aquella otra. Durante la mitad de la época dorada del capitalismo, los llamados “treinta gloriosos”, la tasa de beneficio de las empresas capitalistas no hizo sino descender (ver gráfico). Diferentes autores han mostrado este hecho empírico, a pesar de que difieran en su explicación⁵.

5. Como por ejemplo, R. Brenner, A. Shaikh, G. Dumenil y D. Levy o M. Husson.



*Profit rate for Germany covers West Germany 1950-90 and Germany 1991-2000

No nos detendremos aquí en comentar las causas generales de la crisis capitalista, pero diremos que son intrínsecas a la propia dinámica de acumulación capitalista.⁶ Por si fuera poco, los años 60-70 fueron un ciclo de potentes luchas proletarias, en Italia, en Francia, en España, etc. y también de luchas interimperialistas a gran escala como la Guerra Fría, generalmente manifestadas en pequeñas luchas interburguesas⁷, lo que se traducía

en enormes costes militares para muchos países, especialmente para las cabezas de cada bloque, Estados Unidos y la extinta URSS. A todo esto había que sumarle, en muchos países occidentales, el tremendo gasto que suponía mantener el compromiso keynesiano.

Igual que en la crisis actual las hipotecas ‘subprime’ han sido la chispa que ha prendido el barril de pólvora, en los setenta fue el aumento del precio del

6. No hay espacio aquí para entrar en detalles sobre las diferentes explicaciones de la crisis. En nuestra opinión, la teoría de la sobreacumulación es la más consistente. Una buena explicación, aunque quizás demasiado economicista, puede encontrarse en ‘Crisis y Teoría de la crisis’ de Mattick, (http://www.geocities.com/cica_alt/pdfs/Mattick_crisisyteoria.pdf) o en los capítulos XI y XII de ‘Fundamentos y límites del capitalismo’ de Louis Gill (Ed. Trotta). Acumular no es nada más que reinvertir la plusvalía arrancada a los trabajadores para aumentar el capital.

7. La mayoría de las llamadas ‘guerras de liberación’ acabaron siendo bien la lucha de una burguesía nativa por liberarse del dominio de una potencia colonial, o la lucha por el poder entre dos facciones rivales apoyadas por sus respectivas potencias. Aunque, sin duda, en muchas de ellas es posible encontrar movimientos de base y prácticas de clase interesantes, sería estúpido caer en las ilusiones leninistas de los ‘movimientos de liberación nacional’

petróleo producido por las tensiones geopolíticas de Oriente Medio⁸. El ‘shock petrolero’ de 1973 no fue el causante de la crisis, simplemente fue el detonante de todos los problemas de la economía cuya causa fundamental era un descenso de la rentabilidad del capital.

En los países occidentales, la crisis se manifestó en la forma de la ‘estanflación’, un aumento simultáneo del paro y la inflación, algo inconcebible para la ortodoxia keynesiana de la época, que los consideraba inversamente relacionados. La respuesta capitalista a la crisis supuso una contraofensiva de la burguesía para reimponer su dominio de clase y unas nuevas condiciones de rentabilidad para continuar la acumulación capitalista. A pesar de su virulencia y extensión, esta ofensiva sólo consiguió ambas cosas a medias y, en cierto modo, la crisis actual es la consecuencia de que aquella victoria no fuese completa y será la excusa perfecta para relanzar la ofensiva.

En una primera aproximación, podemos afirmar que esta ofensiva se lanzó sobre tres frentes: la transformación de las condiciones productivas a lo largo y ancho del mundo, lo que se ha llamado financiarización de la economía y la reestructuración del Estado como herramienta de dominación de clase. Como veremos, las políticas desarrolladas en estos tres frentes se encuentran profundamente interrelacionadas.

Los diferentes aspectos de este proceso de transformación de las relaciones de clase a escala internacional y sus consecuencias han recibido muchos nombres: posfordismo, financiarización, capitalis-

mo-casino, globalización, quiebra del estado del bienestar, bla, bla, bla. De entre todos los posibles hemos elegido, por comodidad, el término ‘neoliberalismo’ para referirnos al mismo. Este término no está libre de problemas, por lo que queremos hacer unas matizaciones previas. Como veremos en los próximos apartados, el neoliberalismo no es la negación absoluta o el reverso tenebroso del “keynesianismo”, como algunos nos quieren hacer creer, sino simplemente su superación. Esto significa, por supuesto, negar algunos de sus aspectos, pero también conservar o modificar muchos otros. Fruto del antagonismo entre capital y trabajo, el capitalismo es un sistema inherentemente contradictorio. Ahora bien, estas contradicciones se presentarán de una forma u otra en función de las condiciones concretas de acumulación, gestión y producción de cada época. El keynesianismo fue un intento de superación de las contradicciones de la época liberal y, como tal, funcionó durante un cierto tiempo, el justo para que las mismas contradicciones volvieran a surgir en una forma diferente, asociada a las formas concretas del periodo. La contraofensiva neoliberal de los 70-80 trató de superar la forma keynesiana de dichas contradicciones y ahora sufrimos sus consecuencias. El capitalismo seguirá así, de crisis en crisis, indefinidamente, porque la superación de sus contradicciones fundamentales no puede hacerse en el marco del propio capitalismo. Sólo la destrucción del mismo y la creación de una sociedad comunista nos librarán de las miserias del capital.

8. Tensiones que, en gran parte, el capitalismo había creado y alentado. “Oil wars and World orders. Old and New”. Aufheben #12. <http://libcom.org/library/oil-wars-aufheben-12>

3.1. Las transformaciones productivas

En la memoria colectiva el keynesianismo ha quedado reflejado como la época de la fábrica. Algunos autores incluso han caracterizado como ‘fordismo’ a dicho periodo. Desde principios del siglo XX, la producción fabril sufrió una transformación caracterizada por la producción en masa, la línea de montaje y la llamada “organización científica del trabajo” taylorista.

La crisis de los años 70 fue el punto de inflexión para dos tipos de transformaciones en la producción capitalista que llevaban en marcha unos años. Por un lado la internacionalización de la producción, por otro las transformaciones del modelo productivo.

La internacionalización de la producción buscaba unos menores costes de producción, esencialmente de la fuerza de trabajo, lo que suponía trasladar la producción a regiones caracterizadas por unos salarios más bajos, una fuerza de trabajo más disciplinada o unos menores impuestos. Este proceso ya había comenzado antes de que estallase la crisis durante los años 60. Durante esta época países como Argentina, Brasil o Corea, con regímenes políticos dictatoriales o más autoritarios que las democracias europeas, vieron desarrollarse su tejido industrial⁹. El proceso se agudizó según iba golpeando la crisis a los diferentes países y no siempre supuso “internacionalizar” la producción. En Estados

Unidos muchas fábricas de trasladaron de las regiones altamente sindicalizadas del Norte (ahora conocidas como el ‘cinturón de óxido’) a las menos sindicalizadas y combativas del Sur. En Inglaterra a veces se vivió un proceso similar de regiones urbanas con alta tradición de lucha a zonas semirurales con tasas de paro altísimas.¹⁰ En España se vivió en la forma de la llamada ‘reconversión’, y así sucesivamente. En general, la industria pesada asociada a los años 60 y 70 ha sido desplazada fuera de Europa, que se especializa en una industria de alta tecnología y en el sector servicios.



10. “Fuerzas de Trabajo: los movimientos obreros y la globalización desde 1870” Beverly J. Silver. Ed. Akal

11. ‘State of the unions: Recent US labour struggles in perspective’ Aufheben #7.
<http://libcom.org/library/us-labour-aufheben-7> .

J. Holloway ‘La rosa roja de Nissan’ en “Keynesianismo: una peligrosa ilusión”

Las transformaciones del modelo productivo corrieron paralelas a esta internacionalización. Muchos han señalado este proceso como un paso de un modelo fordista a otro posfordista o toyotista. Este último modelo, importado de Japón, supondría un mayor control del proceso de producción por parte de los trabajadores. Sin embargo, está es una idea muy criticable¹¹. Sin duda, la producción industrial ha incorporado transformaciones importantes como la producción *Just-in-time*, o el control de calidad durante el proceso, pero en ningún caso ha sustituido a características fordistas como la cadena de montaje, sino que las ha complementado gracias a una mayor flexibilidad laboral y la externalización de buena parte de la producción. Igualmente, la imposición del sector servicios en los países desarrollados ha supuesto la incorporación de técnicas de producción y gestión típicamente industriales a dicho sector. Poco se diferencian la cadena de montaje de la Seat y la barra de un McDonalds o un puesto de teleoperador. En una entran coches para montar y en otra clientes que atender. Cualquiera que haya sufrido esta ‘fordización de la atención del cliente’ difícilmente podrá tragarse las chorradas postmodernas de que el ‘trabajo inmaterial’ y ‘la producción de comunicación y afectos’ tienen algo positivo o vuelven a la sociedad ‘más comunicativa y afectiva’. Más bien al contrario suponen un paso más en la alienación y subsunción de las capacidades humanas por el capital.

No entraremos en más detalles sobre este aspecto de la transformación del

capitalismo así que sólo haremos dos breves apuntes. El primero sería recalcar que, en un principio, esta transformación tenía como objetivo flanquear a los sectores más tercicos de la clase trabajadora europea y estadounidense, los más conflictivos y por tanto, los más caros. El segundo, que aunque el traslado de las fábricas pueda suponer la desaparición del trabajador fabril en Europa, ni mucho menos puede decirse que es un “adiós al proletariado”. En primer lugar porque esta transformación requirió la proletarianización de la población, en su mayoría campesina, de las regiones que recibieron las fábricas. En segundo lugar porque el proletariado nunca se ha limitado al obrero grasiento de mono azul. Con la desaparición de la fábrica lo que desapareció fue un determinado tipo de rama productiva y por tanto un determinado sector del proletariado. Exceptuando los que se montaron bares, el cierre de las fábricas supuso en su mayoría que dichos proletarios engrosasen las filas del paro o la jubilación. Sus hijos, si bien no encontraron trabajo en la fábrica, lo encontrarían en los bares, en las tiendas, en los bancos, etc. o en el paro, la heroína, el robo y la cárcel. Sólo un (ex)obrero puede pensar que el adiós de la fábrica es el adiós del proletariado.

3.2. Financiarización

Si en los últimos 30 años se ha visto un auge de la llamada economía financiera es en parte porque el keynesianismo había tratado de contenerla, sin lograrlo. La crisis del 29, se manifestó inicialmente como un enorme y gigantesco crack

11. F. Gambino “A Critique of the Fordism of the Regulation School”
http://www.wildcat-www.de/en/zirkular/28/z28e_gam.htm

bursátil que se contagió luego a la economía “real”. El keynesianismo supuso en este sentido un intento de contención del capital financiero bajo el objetivo declarado de la “eutanasia del rentista”. Este objetivo se tradujo en una serie de restricciones tanto a los movimientos financieros globales como al capital financiero nacional. Poco a poco, a partir de los años 60, es decir, aún dentro del llamado keynesianismo, estas regulaciones comenzaron a ser eliminadas. Este proceso, largo y complejo, se agudizó a partir de la crisis en vista del estrepitoso fracaso de las políticas keynesianas.¹²

Cuando se habla de financiarización se suele pasar por alto cualquier referencia a la lucha de clases. Algunos suelen oponer dos modelos capitalistas presuntamente contrapuestos: un capitalismo ‘malo’, especulativo, parasitario o ‘de casino’, asociado a un origen anglosajón (ya que la *City* londinense y *Wall Street* son los dos grandes centros financieros) y otro productivo, regulado y ‘menos malo’ o incluso ‘bueno’ asociado a Alemania, Japón o Francia. El primero se caracterizaría por un capital financiero fuera de control impondría su lógica a toda la economía. La actividad financiera de unos pocos capitalistas ‘malos’ guiada por la especulación y los riesgos a corto plazo introducirían unas tensiones que podrían hundir a toda la economía. La solución sería introducir regulaciones que impidiesen estos desajustes financieros y sus consecuencias. Alguna versión más elaborada habla de una lucha entre facciones burguesas financieras y no financie-

ras. Según este esquema, la burguesía ‘financiera’: banqueros, inversores, etc. habrían dado a finales de los 70 un ‘golpe de estado’ al timón de mando del capitalismo para reorientarlo hacia una lógica financiera y especulativa que les beneficia pese a que perjudica al resto de capitalistas, por no hablar de los trabajadores. Dejando de lado los posibles errores teóricos de ambas concepciones, las consecuencias políticas suelen ser la oposición de un “capitalismo bueno” a un “capitalismo malo” o de unos “capitalistas buenos” a unos “malos”. Teniendo en cuenta que el capitalismo financiero se asocia a movimientos globales por encima de los estados y el capital productivo a la economía real en su interior (lo cual no es, ni mucho menos, cierto), los distintos socialdemócratas se asocian a una u otra postura y se ven a sí mismos regulando desde el poder los desajustes del capitalismo (introduciendo por ejemplo algún tipo de tasa o un organismo supranacional de control) o bien defendiendo al pequeño capital nacional frente a las malvadas multinacionales.

El gran problema de ambas posturas es que desplazan el origen de la crisis desde el antagonismo capital-trabajo a la competencia entre ‘modelos capitalistas’ o ‘facciones burguesas’. Para entender el significado y la función del capitalismo financiero debemos volver a la esencia del capitalismo: la explotación de la fuerza de trabajo.

Las crisis económicas se caracterizan por tasas de beneficio insuficientes. En el fondo esto supone una creación insufi-

12. A. Campbell. “The birth of neoliberalism in the US: a reorganization of capitalism” en “Neoliberalism: a critical reader”.

http://nodo50.org/cubasisigloXXI/taller/campbell_100304.pdf

ciente de plusvalía. El capital financiero permite superar este problema de dos formas: por un lado, permite aumentar la tasa de beneficio recurriendo a las diferentes variantes de especulación bursátil. En los mercados, y los mercados financieros no son una excepción, la competición entre capitales produce un reparto de la plusvalía generada en la producción. La especulación es una manera de apropiarse de una parte de la plusvalía producida en perjuicio de otros que ven disminuir su propia cuota. En esta competición unos capitalistas ganan más y otros menos, los trabajadores, claro, siempre pierden.

Pero el capital financiero no tiene sólo una dimensión especulativa, el movimiento internacional de capital permite aumentar la tasa de beneficio del capital recorriendo el mundo en busca de mayores rentabilidades, esto significa que los capitales se mueven a lo largo del mundo buscando aquellas regiones donde los trabajadores son más explotados de forma que obtengan más beneficio. Esta es la clave de la llamada 'globalización' con su insistencia en la liberalización de los mercados domésticos de capitales y la flexibilización de los mercados laborales nacionales. Por ejemplo, la crisis de los 70 produjo un flujo de capitales hacia América Latina, que vio como aumentaban las inversiones de capital durante toda la década hasta que finalmente entrase en crisis en 1982, cuando el llamado 'Efecto Tequila'¹³ arrasó las economías del continente. Más tarde le tocó el turno al sudeste de Asia, con el auge de los 'Tigres asiáticos' y su estrepitoso hundimiento en la crisis de 1997. De crisis en

crisis el capital financiero va arrasando región tras región en busca de mayores beneficios. En este sentido la financierización supone una nueva arma a disposición del capital para imponer la disciplina de mercado a los trabajadores a escala global, haciéndoles competir entre ellos por la necesidad de trabajo, lo que empeora las condiciones de todos. ¿Que los trabajadores de un país se ponen chulos y reclaman mejoras sociales? No hay problema, me llevo mi dinero a otro y dejo a los trabajadores del país con tal crisis encima que acaben reclamando unas cadenas al cuello más gordas. Las famosas deslocalizaciones no son más que un caso extremo de esto, en vez de llevarse la pasta se llevan hasta las fábricas. Como hemos visto en toda la península, la simple amenaza de deslocalización es capaz de hacer que los trabajadores firmen una y otra vez empeoramientos de sus condiciones hasta que llegue el ERE que acabe con ellos.

3.3. Reestructuración del Estado

Generalmente se suele asociar el neoliberalismo a una disminución del papel del estado en la economía. Según la ideología neoliberal, el Estado debe bajar los impuestos, disminuir el gasto público, no intervenir en los mercados, etc. Eso sí, debe velar para mantener las condiciones necesarias para que las empresas puedan "operar" libremente: fundamentalmente el respeto a la propiedad privada. Nada más lejos de la realidad. El neoliberalismo no ha supuesto una menor intervención del estado ni en la economía ni en la sociedad, si no una reestructuración de su papel. Obviamente, pero paradójicamente para los liberales, la reimposi-

13. A. Bonnet. "El comando del capital-dinero y las crisis latinoamericanas"

ción del dominio de clase a través de todo lo expuesto más arriba requería una fuerte intervención estatal, convenientemente reorientada. Esta intervención estatal no puede asociarse a una forma política determinada, dictadura frente a democracia, o la derecha frente a la izquierda. En Chile, Argentina y otros países de América Latina la implantación de políticas neoliberales comenzó bajo las brutales dictaduras de Pinochet y la Junta Militar. Sin embargo, en Estados Unidos y Reino Unido las mismas políticas fueron puestas en práctico en el marco de una democracia parlamentaria. Estos dos últimos casos son paradigmáticos respecto a su independencia respecto al “color” del partido político en el gobierno. Es cierto que las políticas monetarias y fiscales neoliberales se llevaron a cabo fundamentalmente bajo los gobiernos de Reagan y Thatcher, sin embargo los que las iniciaron fueron los gobiernos demócratas y laboristas anteriores¹⁴. Fue la administración Carter la que primero aplicó las políticas monetaristas desde la Reserva Federal que causaron el llamado ‘shock de Volcker’¹⁵ y la mayor recesión de la economía estadounidense desde la gran depresión. Igualmente, en el Reino Unido el partido laborista renunció al keynesianismo por el monetarismo en 1976, tres años antes de perder las elecciones ante Thatcher.

Que el estado ha dejado de intervenir en la economía es un mito que se ve porque en los últimos treinta años, la intervención estatal y el gasto público han aumentado en la mayoría de los países de la OCDE.¹⁶ Reagan, el supuesto gran neoliberal, aumentó la inversión militar, favoreciendo a las empresas de alta tecnología, aumentó los impuestos para la gran mayoría de la población, aunque los redujo para los más ricos y llevó a cabo políticas proteccionistas de subvención de sus empresas nacionales. Eso sí, flexibilizó el mercado de trabajo, recortó el gasto público social y aumentó la vigilancia y el control social. Además, todos los países, especialmente aquellos que han sufrido más directamente las políticas neoliberales han intervenido ampliamente para eliminar todas las posibles restricciones a la acción de los capitales: ecológicas, laborales, sindicales, etc.

No podemos caer en el falso debate “estado frente a mercado”. Los mercados necesitan de estados que controlen la situación para poder operar ‘libremente’ y los estados intervienen necesariamente en los mercados para corregir los desajustes que montan y a veces ponen el peligro todo el sistema y para que se respeten las reglas del juego (diseñadas para que los capitalistas siempre ganen).

14. David Harvey “Breve historia del neoliberalismo” Ed. Akal

15. Paul Volcker fue designado presidente de la Reserva Federal en 1979 por Carter, un demócrata. Fue el primero en aplicar medidas monetaristas, dejando que los tipos de interés subieran hasta un 13% (para hacerse una idea, Trichet empezó a bajar los tipos de interés cuando estaban alrededor del 5%), lo que hizo que Estados Unidos entrase en la peor recesión desde el Crack del 29 lo que permitió disminuir la inflación del 13 al 3% y, además, iniciar dos décadas negras para la clase obrera americana. Paul Volcker es uno de los asesores económicos de Barack Obama.

16. Vincenç Navarro. “La lucha de clases a Escala mundial” en el libro “25 años de neoliberalismo.” <http://www.vnavarro.org/wp/wp-content/uploads/2008/04/25anosdeneoliberalismo.pdf>



En lo referente a política económica, las políticas neoliberales sustituyen el pleno empleo por el control de la inflación como objetivo prioritario. El objetivo del pleno empleo suponía un reconocimiento de los intereses de la clase trabajadora en el seno del capitalismo para contener su interés en abolirlo. Controlar la inflación favorece principalmente a los empresarios (si los salarios no están indexados con la inflación) y en especial a aquellos con intereses financieros. Al hacer este movimiento, la burguesía estaba lanzando un órdago a la clase trabajadora, suponiendo, correctamente, que ésta no sería capaz de verlo. Para ello tuvo que asegurarse primero que la socialdemocracia, partidos y sindicatos, serían capaz de desmovilizarla o al menos canalizarla, y así fue. Al hacer esta concesión, la socialdemocracia de ambos países sacrificó el apoyo de sus bases, y tardaría años en recuperarse, ya totalmente comprometida con las políticas neoliberales (con Clinton y Blair).

4. Una crisis irresuelta

A pesar de todos estos cambios, los problemas surgidos en la crisis del keynesianismo están lejos de ser resueltos, ya que no se han recuperado las tasas de beneficio de postguerra. Las tasas de beneficio han aumentado mucho para las empresas y las actividades financieras, pero para el resto de empresas y actividades no financieras, el ligero repunte de los beneficios en los años 80 y 90 se ha hecho a base de aumentar la tasa de explotación. Gracias sobre todo a todas las políticas de flexibilización laboral (contratos parciales y temporales, trabajar más horas, menores sueldos directos o indirectos, menores costos de despido, etc) y de recorte de gastos sociales.

La crisis actual muestra que estos parches no han conseguido aumentar suficientemente las tasas de beneficio reales, lo que ha hecho que gran parte del capital financiero haya apostado durante estos últimos treinta años por operaciones especulativas, de alto riesgo y a muy corto plazo, con la siguiente inestabilidad que esto conlleva. Junto con estas prácticas especulativas de buena parte del capital financiero, las instituciones financieras, frente a la disminución de participación en las plusvalías, se han lanzado a la caza y captura de los salarios, con la inestimable colaboración del Estado. En los últimos años la llamada 'financiarización de las economías domésticas' ha sufrido un boom que ha inyectado cantidades enormes de dinero en los mercados financieros procedentes de los fondos de pensiones y buena parte del ahorro de los trabajadores (en forma de acciones o depósitos a plazo). Por otro lado, los créditos al consumo han sufrido un auge (especialmente hipotecas, pero también

coches, vacaciones, etc.) bien en su forma “normal” o la llamada “depredadora” (hipotecas subprime, créditos de consumo a corto plazo a intereses prohibitivos, etc.). De esta forma, las instituciones financieras se apoderan directamente de una parte de los salarios de los trabajadores, por lo que algunos lo han llamado ‘explotación directa’. Sin embargo, son precisamente este tipo de prácticas las que finalmente han sacado a la luz los problemas de fondo y han llevado al capitalismo donde se encuentra ahora mismo. De la crisis del Sudeste Asiático de 1997 pasamos a la burbuja especulativa de las *puntocom* en 2000. Su estallido, y la consiguiente bajada de los tipos de interés para evitar la recesión, infló la burbuja inmobiliaria estadounidense e internacional, cuyo pinchazo ha tirado por tierra el complejo castillo de naipes que se había tejido en torno a los mercados financieros. Precisamente han sido los sectores más pobres del proletariado los que, al no poder pagar sus hipotecas empezaron el efecto dominó que ha puesto los mercados financieros al borde del colapso.

Precisamente esta financiarización del ahorro de los trabajadores agravará aún más la situación ya que hoy por hoy, muchos se están jugando sus ahorros o sus pensiones en la bolsa y no parece que sea un buen momento para apostar. Crisis financieras anteriores tenían un impacto indirecto sobre los trabajadores, esta añadirá una buena hostia financiera directamente a su bolsillo.

Llegados a este punto, o toman medidas que reestablezcan unas condiciones adecuadas de explotación o tendrán que seguir parcheando la crisis por tiempo indefinido hasta el próximo estallido.

5. Por dónde irán los tiros

Por supuesto, para que las tasas de beneficio aumenten de forma considerable será necesaria una transformación productiva seria a escala global. Probablemente el centro de acumulación principal se seguirá desplazando de Estados Unidos-Europa a Asia (China-India), con su gigantesca población lista para ser proletarizada y explotada en fábricas mientras que Estados Unidos y Europa probablemente sigan el camino de convertirse, fundamentalmente, en regiones económicas especializadas en alta tecnología. Seguramente esto se acabe traduciendo en un desplazamiento del papel de potencia hegemónica mundial. A nivel productivo, veremos el ascenso de nuevas y no tan nuevas tecnologías que están en desarrollo: vuelta a la energía nuclear, auge de la bioproducción basada en organismos modificados genéticamente, desarrollo de la nanotecnología, etc. Nuevas oportunidades de acumulación de donde obtener nuevos y suculentos beneficios. Pero todo esto será a largo plazo.

A corto plazo los tiros irán por otro lado. Habiendo empezado como una crisis causada por la “locura” de los mercados financieros, la respuesta se presentará inicialmente como un paquete de medidas dedicadas a hacer los mercados financieros más regulados, más transparentes y menos especulativos. Sin embargo ya se ha dicho que no se tomarán en ningún caso medidas proteccionistas, que se impulsará el comercio internacional, etc. Seguramente intenten controlar las tendencias especulativas más fuertes del capital financiero para que éste opere con mayor eficacia como punta de lanza de la ofensiva capitalista, como elemento

capaz de disciplinar a los trabajadores a nivel internacional. Y es que ésta es la clave de lo que se nos viene encima: aprovechando la crisis nos van a lanzar todo lo que tengan. Deberíamos estar preparados para ver una mayor proletarización de las condiciones de vida. Entendiendo por proletarización no necesariamente una mayor pobreza material, que seguramente también, sino un paso más en la desposesión, indefensión, aislamiento e individualización de la gran mayoría de la población para que nos veamos obligados a currar más y a menor precio lo que permita aumentar aún más las tasas de beneficio. En este sentido cabe destacar algunas tendencias:

-flexibilización del mercado de trabajo: la patronal se está hartando de recalcar como “imprescindible” una reforma que flexibilice “en todos los órdenes” el mercado laboral, es decir, una mayor indefensión e individualización de los trabajadores, señalando que tenemos un contrato de trabajo “demasiado viejo y caro” y que los salarios deben responder a “las exigencias impuestas por la competencia internacional”. Al disminuir el coste del despido y los salarios, aumenta la plusvalía que se llevan los empresarios. La Comisión Europea de Empleo y Asuntos Sociales recomienda seguir adelante con la política de ‘flexiguridad’. Este extraño palabro esconde la total flexibilización del mercado de trabajo (libertad total de despido y contrato a bajo coste) a cambio de altos subsidios de desempleo. Dicho de otro modo, y teniendo en cuenta que los empresarios cada vez pagan menos impuestos y reciben más subvenciones, esto significa transferir a los proletarios, a través de los impuestos sobre sus salarios, la mayor parte del coste de los segu-

ros sociales mientras que los empresarios ven aumentar no sólo sus beneficios sino también su fuerza en los tajos, al contar con impunidad total para deshacerse del que no traga lo suficiente.

-65 horas: hacernos trabajar más es otra opción para sacar más beneficios. Que con un aumento del paro a la vuelta de la esquina se dedicasen a pedir leyes que permitan eliminar trabajadores alargando la jornada laboral al resto dice mucho del “interés general” que persiguen gobernantes y empresarios. Veremos en que se queda todo esto, pero, de alguna manera, seguramente nos acabarán colando buena parte. Entre lo más significativo en dicha propuesta era que los trabajadores podrían negociar su jornada laboral individualmente con el empresario, es decir, que el empresario podría imponer individualmente a cada trabajador lo que tiene que trabajar, o que los trabajadores trepas deseosos de echar horas acabarían haciendo que el resto tengamos que aceptar la misma jornada. Este paso adelante hacia la individualización de las relaciones entre trabajador y empresario, a parte de una manera de dividir y aislar aún más a los trabajadores, es también un ataque a los sindicatos mayoritarios cuya tarea de negociar el precio colectivo la fuerza de trabajo se ha reducido a firmar los convenios que les planta la patronal. Su papel conciliador, chanchullero y firmalotodo de los últimos años y la desestructuración general de la clase trabajadora que decía representar, ha minado el poco apoyo social que tenían, así como su fuerza real en los curros por lo que no sería raro que la patronal tratase de deshacerse de ellos, o al menos reducirles aún más a su papel de empresas de servicios sindicales y de gestión individual de

finiquitos, nóminas, conflictos judiciales, etc.

-Privatizaciones varias: La privatización de las empresas públicas siempre es un cable para la burguesía, que recibe más medios con los que explotarnos y crear plusvalía. Aunque en general suponen un empeoramiento de las condiciones de los trabajadores de dichas empresas, trabajar en una empresa pública tampoco significa necesariamente una mejora, ya que las técnicas de gestión empresarial privada acaban llegando para “sanear” a la empresa pública. El mejor trato general a los trabajadores en los servicios públicos tiene mucho de mito. En los últimos años, los trabajadores de Correos están sufriendo duras presiones de sus encargados para que se vayan y poder sustituir a los funcionarios por fijos y a éstos por temporales. Todo esto sin que haya entrado un duro privado en la empresa, por el momento. El porcentaje de temporalidad en el servicio público no deja de aumentar, y si no lo hace más rápido es por los especiales derechos de los funcionarios, especie a extinguir, ganados en otros tiempos. Y así sucesivamente: falsos autónomos, *mobbing*, enfrentamiento entre fijos y temporales, el sector público repite todo lo que, a mayor nivel, lleva años produciéndose en el privado.

El caso de los servicios sociales es aún más sangrante. Por un lado, las nuevas modalidades de gestión privada bajo titularidad pública (las famosas PFI que Aguirre está implantando en la sanidad madrileña, pero que es un modelo generalizándose en el resto de Europa tanto

en la sanidad como en otros servicios públicos) suponen que las empresas privadas que reciben las concesiones trabajan bajo condiciones de ‘riesgo cero’ ya que los beneficios están asegurados en forma de pago por parte del estado. Es posible que una vez que el sistema esté un poco más engrasado se inicié el traspaso de la titularidad pública al sector privado, pero puede que incluso las empresas estén más contentas simplemente gestionando el sistema ya que reciben beneficios sin responder ante las pérdidas, la calidad del servicio o afrontar la competencia.¹⁷

A esto hay que sumarle que, al mercantilizar aún más nuestro acceso a los recursos básicos, la privatización tiene una función muy clara en el conflicto de clase. No sólo se trata de que los políticos regalen las empresas públicas a sus amigos. Cuanto más cosas tengamos que pagar (sanidad, educación secundaria o universitaria, formación, planes de pensiones) más dinero necesitaremos, es decir, más necesidad de trabajar tendremos y por tanto más nos podrán apretar las tuercas. Si además de una hipoteca tenemos que pagar el crédito que nos permitió terminar una carrera, el tratamiento para nuestra enfermedad o la de un familiar y además más los ahorros para cuando no podamos trabajar, ¿quién es el guapo que se permite el lujo de perder un trabajo, rechazar unas horitas de más, denunciar un acoso laboral o pegarle un sopapo al encargado?

-Autónomos: el sueño de la burguesía es la liberalización total del mercado de

17. Para ver las políticas que se están llevando a cabo en Madrid y Valencia, así como las consecuencias de la gestión privada sobre la sanidad pública puede recomendamos echar un vistazo a www.casmadrid.org

trabajo, que la fuerza de trabajo pudiera ser comprada y vendida como una mercancía más, igual que las tuercas o los panes de hamburguesas. Los trabajadores serían algo así como ‘empresas individuales’ cuya mercancía es la fuerza de trabajo. Si esto fuese así, el simple poder de mercado de las grandes empresas les valdría para imponer sus condiciones. ¿Qué no te gustan estas condiciones? rompo el contrato y pillo a otra “empresa individual” El auge de autónomos va por ahí. Consiste en esconder tras una supuesta relación entre empresas (Repsol S.A vs Juan Pérez S.L) lo que en verdad es una relación salarial encubierta en la que el empresario se ahorra todos los costes del trabajo. Algunos hasta les pagan las cotizaciones a los autónomos a los trabajadores porque lo que ganan en flexibilidad, menor conflictividad y horas extras les compensa. No es de extrañar que entre las medidas contra el desempleo lanzadas esté favorecer que los parados capitalicen su subsidio para convertirse en autónomos.

La subcontratación y la externalización de servicios siguen, a otro nivel, la misma lógica de división y control más individualizado de los trabajadores. Por

no hablar de sus ventajas económicas.

Todas estas medidas tienen como objetivo dividir, aislar y enfrentar a los trabajadores entre sí tanto dentro como fuera de los centros de trabajo. Tras la integración colectiva que supuso el keynesianismo, la nueva reestructuración de las relaciones de clase apunta a una individualización de las mismas cada vez mayor, pero manteniendo a buena parte de esa fuerza de trabajo integrada en el capitalismo. Por supuesto, esto implicará la exclusión de gran parte de la población y el aumento de las medidas represivas y de control social (un capítulo a analizar aparte) están destinadas a contener el más que probable repunte de la “delincuencia” en tiempos de crisis.

Fuera de los centros de trabajo, en la esfera del consumo, las empresas y la publicidad potencian formas cada vez más individualizadas de consumo. Se acabó el consumo de masas estandarizado, hay que ofrecer el mayor número posible de opciones para que cada persona pueda configurar su ‘opción individual’.

La noción de ciudadanía, de individuos iguales en derechos y deberes por encima de las clases sociales, es la forma

18. Antes del auge de la socialdemocracia, los partidos burgueses se dividían en conservadores y liberales que, además de representar a diferentes facciones de la burguesía, defendían posiciones ideológicas distintas: religión frente a laicismo, más o menos derechos para los trabajadores, etc. El auge de la socialdemocracia significó en muchos países la desaparición o pérdida de representatividad de los partidos liberales ya que aquella acabó representando a trabajadores y pequeños burgueses

19. Por cuestiones sociales no nos referimos a temas como el matrimonio gay, la religión en las escuelas, el derecho al aborto, la investigación con células madre, etc. que se plantean siempre en un plano moral y que son el terreno a donde se ha llevado el enfrentamiento político sino a temas como la privatización de la sanidad, las condiciones carcelarias, el endurecimiento del código penal, la seguridad, la inmigración donde las diferencias, mínimas, cuando aparecen es para representar la oposición implícita en el juego electoral.

política bajo la cual se está llevando a cabo la integración individual. En cierto modo esto supone la desaparición de la socialdemocracia clásica en tanto que representación colectiva de la clase trabajadora dentro del capital y su sustitución por una especie de nuevos ‘partidos liberales’¹⁸ que representen la ideología de la ciudadanía “progre” (PSOE) frente a la de la ciudadanía “carca” (PP) pero con diferencias mínimas en cuanto a las cuestiones económicas, laborales o determinadas cuestiones sociales¹⁹. Analizar estas nuevas formas de mediación política no entra dentro del objetivo de este artículo

6. Afrontar la crisis

Como nos hemos hartado de repetir a lo largo del artículo, esta crisis va a suponer un paso más en la intensificación de la explotación y la dominación de los trabajadores, continuando el proceso de desestructuración y aislamiento de la clase trabajadora al que hemos asistido durante los últimos treinta años. No creemos que la gente al sentirse más presionada, “vea la luz” y comience a organizarse. Más bien al contrario, lo más probable es que se aferre a soluciones individuales e individualistas, que se refuerce la dependencia de las instituciones y la tendencia al delegacionismo y a que otros nos resuelvan los problemas. En un artículo sobre la Gran Depresión, Paul Mattick comentaban como podía verse a gente que se moría de hambre continuar pidiendo ayuda al estado que envenenaba y quemaba comida para combatir la caída de los precios de los alimentos. Precisamente el problema es que no se trata en absoluto de “ver la luz”, ni siquiera de tomar conciencia de la situación actual. Se trata de desarrollar prácti-

cas que nos permitan afrontar la crisis pero que, al mismo tiempo, sienten las bases para superar el sistema que la produce.

Desde nuestra perspectiva deberíamos tratar de construir pequeños núcleos resistentes basados en la solidaridad, el apoyo mutuo y la libre comunicación y decisión entre iguales, desde donde podamos acostumbrarnos a resolver nuestros problemas por nosotros mismos, de forma colectiva. Que pongan en práctica tácticas y estrategias eficaces, pero fácilmente asumibles y extensibles al resto de los trabajadores. Tratando de desarrollar herramientas que, actuando en el presente, miren más lejos. Asumiendo que vivimos dentro pero también contra el capital.

Para nosotros, todo esto se materializa en tratar de crear pequeñas asambleas territoriales de proletarios. El nombre es lo de menos, pero si decimos proletarios es porque no deberíamos hacer distinciones entre los que están trabajando, los que no lo están y los que no quieren trabajar. En vez de reproducir el enfrentamiento que el capital pretende introducir entre estos grupos, hagámonos más fuertes tratando de complementarnos. Territoriales porque es la mejor forma de enfrentarnos a las condiciones sociales que se están imponiendo. A nivel laboral, la política de ‘flexiguridad’, de mayor flexibilización del mercado de trabajo, va a hacer cada vez más inviables las asambleas de trabajo ya que un mes currarás en una empresa y el siguiente en otra. Esta misma política, que busca también la mayor flexibilidad a nivel formativo, invalidará también las asociaciones de oficio o de ramo: tienes el título de educador social pero estas currando de

camarero mientras buscas algo de lo tuyo para acabar desistiendo y sacándote un módulo de fontanería. Más allá del trabajo, cambiar de vivienda es difícil hoy en día: imposible para los que están atados a su hipoteca, impensable para quien ha encontrado un alquiler decente o un barrio donde aún poder okupar, nada deseable para quienes aún nos sentimos apegados a nuestros barrios. La lucha de clases no se limita a las luchas laborales, sino que se extiende por todo el territorio. Las asambleas territoriales nos permitirían afrontarla en nuestro entorno, evitando la destrucción urbanística o ecológica, la imposición de la seguridad o de la degradación controlada. Asambleas porque no concebimos otra forma de gestionar los problemas individuales más que poniéndolos en común y actuando colectivamente, de forma directa y sin intermediarios. Porque creemos que se puede empezar a construir cotidianamente un movimiento que acabe aboliendo las clases y el capitalismo.

Responder a los desalojos, intentar frenar desahucios por impago, evitar despidos, responder a acosos laborales o en las oficinas del paro, contrarrestar el acoso de la policía sobre los trabajadores inmigrantes, expropiar lo que la crisis nos dificulte conseguir... Si algo va a hacer la crisis es intensificar y generalizar el número de problemas sociales, pero también la necesidad de enfrentarse a ellos como buenamente se pueda. ¿Estaremos preparados?

